

CUADERNO 7.º

ENERO DE 1919

DIRECTOR:
JORGE M. ROHDE

SUMARIO

La alianza de la nueva generación	<i>El C. Novecentista</i>
La reforma universitaria.....	<i>La Redacción</i>
Discursos de.....	<i>Juan Agustín Gar- cta, Alejandro Korn, Jorge M. Rohde</i>
Los Mártires (versos).....	<i>V. Méndez Calzada</i>
El arte nacional en 1918.....	<i>Eco de Aparicio</i>
El maximalismo.....	<i>Tomás D. Casares, A. Korn Villafañe</i>
El segundo advenimiento del arte, (de la revista <i>Inter-América</i>)....	<i>Ralph Adams Cram.</i>
Benjamín Taborga.....	<i>La Redacción</i>
La vida síntesis.....	<i>Lapizlázuli</i>

BIBLIOGRAFIA: La evolución de las ideas argentinas, de José Ingenieros. — La nouvelle moisson, de Delina Bunge de Gálvez. — Cuestiones de administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires, de Luis María Torres. — Discurso pronunciado en la colación de grados de la facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en representación de los graduados, por Eduardo J. Bullrich. — Echeverría, Mármol, de Héctor R. Baudón. — Origen y patria de Cristóbal Colón, de Rómulo D. Carbia. — El cristal de mi alma, de Arturo S. Mom. — Revista del Ateneo Hispano-Americano. — Verbum. — Hebe. — Revista Nacional. — Pegaso.

NOTAS: Edmundo Rostand. — Pedro Delheye. — Discursos de Adolfo Korn Villafañe, Tomás D. Casares y Jorge M. Rohde. — El Colegio Novecentista de La Plata. — El poeta Luis L. Franco.

CeDInCI

COLEGIO NOVECENTISTA

Colegio Novecentista

CUADERNO 7.º

Buenos Aires

Enero 1919

“LA ALIANZA DE LA NUEVA GENERACION”

La semilla de redención espiritual que hace dos años sembrara con mano ingenua pero segura, el Colegio Novecentista, en esta ingrata tierra de Calibán, ha fructificado en breve plazo. Díclo a las claras la “Profesión de Fe de la Nueva Generación”, documento de una juventud descontenta con el ambiente de la cultura argentina, que al abocarse el problema filosófico nacional, lo hace en términos semejantes a los de nuestros manifiestos.

Bien valía, tan abundante siega, como la que ahora recogemos, la serenidad de ánimo y la entereza de acción que siempre mantuvimos, frente al alud de frases chocarreras a nuestra costa tejidas, por viejos entristecidos en largos años de anonadamiento espiritual y por jóvenes escépticos, curados de inquietudes.

Cateadores de recónditas esperanzas, que las últimas generaciones argentinas no conocieron, porque jamás supieron decir el ¡Sésamo! de la leyenda árabe, fumos en una hora, ya lejana, los manchegos, los ilusos, la plétora juvenil, antojadiza y optimista

lena de intuiciones que el mundo habría de desmentir en el cotejo diario con la realidad.

Amontonáronse sobre la palabra "Novecentismo" ironías fáciles, interpretaciones desleales, argucias y sutilezas, y a pesar de todo, bajo los astros adversos, paseamos nuestro idealismo, serenamente, como si presintiéramos en la aversión de las primeras horas, el secreto de su fuerza ineluctable.

Pocos meses han bastado para que sus ideas infiltraran en el ambiente argentino las nuevas doctrinas y llegaran hasta la conciencia de sus clases directoras. Pruébalo el gran acto cívico del 2 de enero, en que una voz prestigiosa — interpretando el sentir de la culta juventud que le secunda — pronunció, ungido de fe, el credo novecentista en materia filosófica.

No importa que para nada nos haya citado don Ricardo Rojas, ¡él, que tan bien nos conocía! No importa que silenciara el nombre de la modesta institución en cuya obra las jóvenes generaciones argentinas aprendieron el ritmo espiritual que ahora revelan; no importa la injusticia que el olvido significa, y que reprochársela, sería pueril vanidad de escuela por nuestra parte; lo que importa es dejar establecido que el novecentismo marcha, enhiesto su confalón libertario, y que sus petulantes fórmulas de antaño han triunfado, al extremo de ser la divisa mental de una juventud entusiasta y luchadora. Lo que importa es dejar establecido que sus postulados abandonan ya el humilde cenáculo que

un día les dió expresión en el pensar argentino y que sus palabras hicieron la tonalidad filosófica de un documento por tantos conceptos notable.

La "Profesión de Fe" que Ricardo Rojas leyó en el teatro San Martín es la mejor prueba de nuestro triunfo y el más alto testimonio de que el idealismo por nosotros preconizado hace dos años, germinaría en el pensamiento nacional. Ha germinado ya, para ventura de esta tierra, y en bella flor, por cierto, como que el jardinero que toma ahora para sí el cuidado de la planta es de mano experta y amante corazón.

Quizás esta fuera la hora en que podríamos, a nuestro turno, devolver sonrisas a mucha gente que del novecentismo y sus hombres, se expresó a soslayo gracejo, y que hoy aparece secundando al Sr. Rojas en sus ideas novecentistas, pero la represalia es indigna en materia tan grave, y es por eso que sin ironías, sin reproches, que no somos capaces de hacer, saludamos a los nuevos aliados del idealismo, a todos por igual, al maestro que enseña nuestro verbo novecentista y a los discípulos que tratan de conugarlo.

Y es homenaje justiciero que le hacemos al declarar que ha llegado para los novecentistas la hora, en que a la manera de un francés ilustre, refiriéndose a Hugo, podríamos decir que si nuestras palabras se hubieran perdido en el desierto, quedarían para recordarlas, eternamente, las que Ricardo Rojas, en nombre propio y de todos ellos repitió en el

misimo tono. Y bien hizo en repetir las, el joven pensador, porque urgía que las grandes figuras nacionales nos abonaran ya con sus prestigios, en esta dolorosa cruzada que emprendemos.

Lo que dejamos dicho no significa que todos los puntos de vista filosóficos de "La Nueva Generación" — únicos que al Colegio Novecentista, como institución, le afectan — y los del novecentismo, sean absolutamente iguales, si ellos han de deducirse de los respectivos manifiestos. Nuestro criterio disiente con algunos: precisamente con aquéllos en que la "Alianza de la Nueva Generación" agravia a su propio idealismo proclamado.

El aserto causará extrañeza, sin duda, y de ahí que a título de prueba, hagamos un ligero análisis de los párrafos que al "problema filosófico" dedica en su documento el señor Rojas, advirtiendo antes que no nos guía en ello ni un prurito de polémica, ni afanes magistrales, sino el mejor deseo de aclarar a "La Nueva Generación" algunos conceptos del "idealismo filosófico" que auspicia.

"Frente al "problema filosófico", la alianza de "La Nueva Generación", declara su profesión de fe, simpatiza con el renacimiento idealista de la filosofía". Proposición principal, dirían los lógicos, que el Colegio Novecentista gusta con íntimo regocijo, como era justo le sucediera a la única institución que en la República está haciendo ese renacimiento idealista de la filosofía. "Quiere que las ciencias conti-

núen su progreso experimental, racionalista (sic), pragmático, pero que haya una metafísica y una moral de la ciencia", agrega el documento. Y aquí muestra disidencia es absoluta.

Decir que se quiere "una metafísica y una moral de la ciencia" es hacer una proposición insostenible, en el terreno filosófico, para quien se ha declarado "idealista". Es aun más: formular una proposición abstrusa que no puede resolverse con la anterior sino en una antinomia irremediable.

Metafísica y Ciencia, en el idealismo, son términos irreductibles; la una empieza donde la otra acaba, es decir, que ésta no puede condicionar a aquella. Cierta vieja expresión de los manuales suele explicar la independencia de estas dos ideas y facilitar su comprensión con una figura geométrica, en la que dos círculos, superpuesto uno al otro, giran sin contacto alguno entre sí.

Sólo por una *originalidad* tardía, poco feliz — y muy explicable, por otra parte — comprendemos que un médico y psicólogo argentino expusiera, *ex cathedra*, en un libro reciente, una metafísica del "porvenir", legitimada por los datos *experienciales* de la realidad, es decir, una "metafísica de la ciencia". Bien estaba en labios de un psicólogo positivista — cuya gran fe en el determinismo biológico y otras cosas por el estilo *legítiman* esta teoría — la exposición de tal metafísica, pero formularla en nombre del renacimiento idealista de la filosofía, es

una ingenuidad lamentable y tan grave, que "La Nueva Generación" aparece, sin haber caído en cuenta, profesando en el siglo XX, una conocidísima doctrina del positivismo y acariciando un viejo y desacreditado anhelo materialista, que en 1860, ostentó siquiera presecas de originalidad.

Es posible que el señor Rojas — relator de "La Nueva Generación", y de cuyo hondo idealismo nadie duda — haya entendido decir con la frase del comentario "queremos una metafísica por encima de la ciencia", pero, desgraciadamente, expresó lo contrario, ni más ni menos que la metafísica del médico argentino. Con una metafísica por encima de la ciencia es con la que sueña el idealismo, con una metafísica independiente de todo criterio experimental... "y hemos de forjarla, dijo el Novecentismo, alguna vez, libre de dogmas naturalistas".

Si, en cambio, "La Nueva Generación" expuso a sabiendas la teoría positivista, que dejamos advertida, nosotros respetamos su punto de vista filosófico, pero protestamos, en nombre de ese mismo respeto, que al resguardo de la palabra "idealista" se deslicen conceptos del más puro positivismo.

Peor, mucho peor, es aún lo de "una moral de la ciencia", que también preconiza "La Nueva Generación". El *espiritualismo* de estos jóvenes — palabra que erróneamente ellos usan como sinónimo de "idealismo" y que apesta a convento, — se resuelve de nuevo en otro malhadado anhelo positivista: ¡una moral de la ciencia!

Cualquier doctor Toulouse, psiquiatra y físico, notable, ya en 1870 ponía su grito en el cielo por esa indole de moral que hoy nos formula el jefe de "La Nueva Generación", en nombre del más ferviente idealismo.

Que la ciencia es amoral lo sabe todo el mundo en los tiempos que vivimos, y los jóvenes de "La Nueva Generación" alguna vez nos habrán oído decir: "queremos que la ciencia, con su criterio amoral, no sea sierva de apetitos y concupiscencias, queremos que sea instrumento de una voluntad ética, etc., etc.", ¿y cómo es, entonces, que se puedan decir todavía estos sarcasmos filosóficos?

Contra esa "moral de la ciencia" irresponsable, triste, *immoral* por eso mismo, ya no *amoral*, se levantó en este país agropecuario, víctima inocente de ella, el Colegio Novecentista, y ahora salimos, después de una lucha sin tregua de dos años, en los cuales nuestra fe soportó tan duras pruebas, con que se acepta nuestro *minimum* idealista y se proclaman públicamente nuestras ideas, pero conservando los corolarios más peligrosos de la suplantada filosofía.

Tan grande es, sin embargo, la contradicción en que incurre el señor Rojas, que ella nos autoriza pensar que los hombres de "La Alianza" no han percatado el alcance de lo que decían, puesto que resultan profesando, en materia moral, lo opuesto a sus ideales. Creyeron adoptar el punto de vista del

novecentismo y en su noble afán de superarlo, salieron de cauce y se perdieron...

Algo de la moral pura de que quisieron hablar se barrunta en la airada frase que el señor Rojas endereza a la "fracasada técnica amoral de la cultura germánica", y válgale a ella que aún estén a tiempo de salvarse en filosofía.

Cuando "La Nueva Generación" medite sobre el contenido de la palabra "idealismo" y contemple sin temores hasta sus últimas consecuencias, una lógica sencilla la llevará a expurgar su manifiesto de hibridaciones filosóficas y a comprender que en vez de "una moral de la ciencia" lo que sus hombres pretenden, es por el contrario, una moral pura, exenta de naturalismo, independiente de la ciencia y directora de ella en las prácticas de la vida.

Pero, válgales la intención; lo que ellos han querido decir es "una moral para la ciencia". Como novecentistas que son, mal podían proponerse lo que han dicho!

Cuentan que cierto canciller dinamarqués, por obra de una letra trastrocó el apellido y perdió una herencia... Algo semejante le sucede a "La Nueva Generación"; la picardía de un genitivo casi la saca del idealismo; felicitemonos el Colegio Novecentista y "La Alianza" de que el pleito pueda sostenerse en el terreno gramatical, y con poca sutileza comprobar que somos aliados...

Respecto a "la fracasada técnica amoral de la cultura germánica" debemos observarle al Sr. Rojas, que no es la "técnica germánica" la amoral, sino toda

"técnica", en cuanto ella no es sino la realización de esa ciencia amoral también — lo mismo en Alemania que en Inglaterra o Francia. Y no es la "técnica" de ningún país la que ha fracasado, puesto que día a día produce cosas estupendas en el mar, la tierra y el aire, sino la tentativa de sacar una moral de la ciencia.

Eso es lo que ha fracasado para siempre; lo que "La Nueva Generación" anhela, precisamente: la posibilidad de una ética forjada con dogmas científicos y la capacidad de la ciencia para construir una moral.

El Colegio Novecentista se felicita de que el rotundo adjetivo que el Sr. Rojas dedica a la "técnica", invalide lo antes dicho sobre la moral. Y se felicita, muy de veras, de que la milagrosa palabra haya llegado a tiempo, para salvar el más fundamental de los postulados idealistas.

Protestar de los "dogmas científicos" como lo hace "La Nueva Generación", es otra absurdidad que no alcanzamos a comprender en hombres de estudio y de tan agudo sentido común. ¿Pero es posible concebir una ciencia sin dogmas? ¿Pero es que alguien dudó, alguna vez, de la existencia de los dogmas científicos? ¿He ahí un hermoso tema, que de ocurrirsele, hubiera hecho las delicias, en el siglo XIII, de cualquier silogista de capirote! ¿Qué hermosa oportunidad para lucirse hubiera tenido, en Córdoba, un lector de Pedro Lombardo!

Desde los tiempos de Euclides, los tres ángulos

de un triángulo suman dos ángulos rectos: he ahí, v. gr., un dogma, entre los miles que se conocen, y que "La Nueva Generación" argentina no acepta, o mejor dicho, un dogma del cual sus hombres protestan.

De un plumazo estos jóvenes han sepultado en los hondos repliegues de su "no creencia" la física, la mecánica, todas las matemáticas, las ciencias de los dogmas eternos, incondicionales y absolutos.

En este tren de afirmaciones pronto vamos a llegar al *misticismo anárquico* o a cualquiera de esos estados espirituales, que en frases sibilinas, de vagas analogías con los telegramas *presidencialescos*, nos han definido los hombres de "La Nueva Generación".

Sin dogmas no hay ciencia, y menos aún habrá ciencia *racionalista*, es decir la ciencia medioeval de que implícitamente nos hablan los hombres de "La Nueva Generación".

La ciencia es dogmática por antonomasia, imperativa, incondicional, y de ahí que un riguroso criterio pragmático no sea siempre fácil, si el término de James fué usado en su sentido filosófico. Sus verdades, cuando han sufrido incómodos el tamiz de "la prueba", son irremediables y contra ellos no se puede silogizar con toda la dialéctica del mundo.

Al idealismo no le molesta para nada el dogmatismo de la ciencia. Se puede ser idealista en filosofía sin repudiar los dogmas de las matemáticas,

v. gr., y tanto es así, que raros son en la historia, desde Platón hasta Croce los grandes filósofos idealistas que al propio tiempo no sean eminentísimos hombres de ciencia.

Esa declaración sobre los dogmas científicos, que "La Nueva Generación" hace en su manifiesto, es precisamente lo que han explotado en contra del idealismo sus enemigos de todos los tiempos. Han oído hacer esas declaraciones a gente sincera pero ingenua y se han aprovechado de esa ingenuidad para gritar a toda voz, que "los idealistas son los enemigos de la ciencia".

No es cierto que el "idealismo" riña a la ciencia ni se subleve contra sus dogmas. No es cierto que el idealismo desacate sus veredictos en cuanto ellos caen sobre la materia de su incumbencia, lo que el idealismo quiere es que su criterio no nos imponga una ética ni someta la personalidad humana al fatalismo de sus postulados.

Para "llevar un concepto de libertad y de responsabilidad a todas las esferas de la cultura" — anhelo vehementísimo que hace dos años ya el Colegio Novecentista proclamó, bajo la burla de muchos de los hombres que hoy lo confiesan como propio. — no era necesario repudiar los dogmas científicos. Hubiéramos bastado a los que en esta cruzada se empeñan desde ahora, borrar de su "Profesión de Fe" la fórmula de "una metafísica y una moral de la ciencia" para concebir y explicar la libertad humana y la responsabilidad ética, al resguardo del dogmatismo científico.

La significación, que toda persona de buena fe, dará a las palabras del Sr Rojas sobre "los dogmas científicos", después de nuestras declaraciones, es, en consecuencia, lo que al respecto dijimos en el manifiesto de 1918, esto es, que se respetan los dogmas científicos en cuanto ellos señalan su determinismo a la materia que la ciencia abarca, pero que se protesta contra toda tentativa por erigir ese determinismo en criterio de vida espiritual, y al mismo tiempo que declaramos nuestro respeto por la ciencia y la necesidad de cultivarla, afirmamos la existencia de una ética independiente de sus dogmas, por encima de ellos y a pesar de ellos.

Y todo esto en los términos más absolutos.

No hay pues, como se ve, divergencias sobre tan grave materia, entre "La Alianza de la Nueva Generación" y el Colegio Novecentista.

En filosofía las palabras tienen un "título monetario" tan estricto, que el menor descuido las pone fuera de ley. Cuidar ese "título" es el secreto del que expone una teoría filosófica y lo que dejamos dicho sobre "La Profesión de Fe de la Nueva Generación", prueba, cabalmente, que sus hombres no se han incautado todavía del "secreto".

Ello no es óbice empero para que ocultemos nuestra sorpresa ante expresiones, que de seguro no las hubiera escrito un pensador tan capaz, en nombre de románticos alzamientos, de haberse detenido a meditarlas.

Sinceramente, creemos que hablar de un espiritualismo trascendente (como si hubiera alguno que no fuera) en el cual se concilian el *individualismo*, el *nacionalismo* y el *humanitarismo*, es hacer frases, que de todo tienen — principalmente sonoridad — menos de filosofía. Bellas frases, melodiosas frases, como que fueron trabajadas por manos primorosas, pero que a la manera del vaso de oro antiguo, aumentaron de timbre a condición de vaciarse.

A esa galería damasquina pertenece aquello del "destino immanente", con la gravedad, en este caso, de que los mal intencionados podrían observarle al Sr. Rojas — sin sutilezas — que para los idealistas el destino no es *immanente*; que un espiritualismo *trascendente* no puede exponer a renglón seguido de su confesión tan simpática, tales teorías, so pena de hablar una gerigonza desconcertante y que es contra las consecuencias del "destino immanente", dogma materialista, que el idealismo luchó, y luchó tanto, que de arrebato se ennegueció alguna vez y llegó hasta el crimen.

¿Es posible que un hombre profundamente idealista, que un momento antes se había referido a la sociología en una forma sensata, salga, de repente, en rítmica frase, aludiendo "a los agentes ciegos de una fatalidad que venía de causas remotas, etc., etc.,"? Esto en buen romance se llama determinismo histórico y algún suspicaz podría ver en ello un discreto homenaje a esa sociología, contra la cual Ro-

jas se levantó, justicia es reconocerlo, tantas veces.

Los "agentes ciegos" y "la fatalidad" desde el momento que existen, pueden serlo de índole económica ¿por qué no?, y si ellos son capaces de producir cataclismos, resulta que llegamos *por fas o por nefas*, al materialismo histórico, que los ingenuos Novecentistas, creíamos enterrado, en esta tierra, por el mismo Rojas.

Sería desconocer su importante obra achacarle el epíteto de determinista al relator de "La Nueva Generación", pero son frases, todas éstas, que nuestros enemigos podrían, sin consumar infidencia, aprovechar en contra de la noble bandera idealista, más orgullosa ahora, de que a su sombra pelee tan forzado campeón. De ahí que al pasar, hayamos recordado lo que se pudo callar.

Muchas más serían nuestras observaciones sobre el notable documento que estudiamos, si nos propusiéramos hacerlas, pero nó es el objeto de este trabajo acotar minucias marginales, sino advertir, simplemente al tiempo del saludo fraternal los pequeños deslices de los recién llegados, no menos sinceros por eso que los de la guardia vieja.

Son estos jóvenes que ahora empuñan para divisa el símbolo de nuestra antigua fe, aliados de última hora que han cambiado de nombre para ofrecer menos blanco, y justo era, por nuestra parte, hacerles las advertencias indispensables sobre aquello que olvidaron o quizás no comprendieron.

Iguales son nuestras creencias y en nombre de ellas pensamos que "La Nueva Generación" enmendará los yerros que en la exégesis al libro inicial, hicieron sus hombres, sin quererlo. Enmendará por que sus jóvenes tienen intuición del "problema filosófico" y, sobre todo, tienen inquietudes y hábitos de estudio que pronto les familiarizarán con las tareas en que se inician.

Ellos dijeron nuestro *minimum* idealista y por eso el novecentismo los reclama como propios y, en la gran hora argentina, los arma caballeros de aquella orden que, para obras de perfección espiritual, reunió en Grecia, bajo su cielo cobalto, junto a la colina ilustre en que anida la "diosa de los ojos claros", Platón, el Divino, bajo el conjuro de una sola palabra: Amor.

Ramas airosas de un tronco fuerte que, orgulloso de sus gajos y previendo sus flores les manda para salud, la expresión que en los hogares latinos, decían los padres ilustres a sus hijos preclaros:

Fili mi: sanguis tuus, genus meum.

El Colegio Novecentista.

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Cuando en diciembre de 1917 el Presidente del Colegio Novacentista se dirigió en carta abierta a un profesor de la Universidad de Buenos Aires manifestándole disconformidad con su enseñanza superficial y rutinaria, no daba en manera alguna expresión a un sentimiento individual, ni atacaba a un profesor aislado, sino que era, por su parte, el representante *motu proprio* de todos los estudiantes argentinos y tuvo el profesor atacado la trágica honra de serlo como la figura representativa más típica de todo lo que era atacable dentro de la Universidad. Y es en este sentido simbólico, como la interpretaron acertadamente, los estudiantes de Córdoba, que al iniciar su campaña revolucionaria, se apresuraron a hacer, con un comentario alusivo, un tiraje de dicha carta en hojas volantes que se repartieron por millares. Y esta misma carta, no por tarde, dejó de repercutir también en Buenos Aires. Ella viene a constituir, pues, el primer documento—por lo menos cronológicamente—de la Reforma Universitaria.

Pero hay gente muy ingenua entre los profesores—y aun entre los estudiantes—que suponen que la Reforma Universitaria se ha realizado ya. Nada más erróneo. La Reforma Universitaria recién ha empezado, pues hasta ahora sólo se han dado los medios para efectuarla, medios que aun no han sido usados, porque las vacaciones han venido inoportu-

namente a paralizar la revolución estudiantil. La asistencia libre al entrar en vigor el año próximo traerá, sin duda, sorpresas insospechadas.

Hay que repetirlo, pues: la Reforma Universitaria recién ha empezado, y el Colegio Novacentista, bajo cuyos auspicios filosóficos se inició, se apresta a continuar luchando hasta su completa efectividad e invita en tal sentido muy especialmente al Colegio Novacentista de La Plata a bregar porque también esa Universidad sea hecha partícipe de la Reforma de la cual ha sido excluida sin justificación alguna.

La Redacción.

DISCURSOS

El 26 de octubre último se realizó en nuestra Facultad de Filosofía y Letras el acto de la entrega de la misma a las nuevas autoridades, elegidas, como es notorio, a raíz de la reforma universitaria.

Abrió la ceremonia el Dr. Juan Agustín García en su carácter de delegado de la Universidad; significó en el uso de la palabra el nuevo Decano, Dr. Alejandro Korn y cerró el acto el Sr. Jorge M. Rohde, como representante del "Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras". He aquí los discursos pronunciados:

el Dr. Juan Agustín García

"Una de las características del pueblo argentino desde fines del siglo XVIII es la inquietud moral e intelectual. Y esta inquietud se traduce periódicamente en la vida universitaria. Tal vez sea su causa la falta de una noción clara de sí mismo; se afana en la angustiada tarea de formar su propia conciencia.

En los tiempos viejos, Maciel y sus amigos clamaron contra la enseñanza oficial. Seguían a Jovellanos, en buscar unos estudios de acuerdo con los adelantos científicos europeos. Piden la física de Newton, la filosofía moderna, la economía de Quesnay.

En los años que corren hasta Rozas, los enciclopedistas estuvieron de moda; se adoraba la razón, se profesaba el culto de las verdades absolutas.

En cada una de esas épocas se producían crisis universitarias. Coinciden esos momentos agitados con los cambios ideológicos. Entonces los jóvenes declaraban en crisis a los viejos, en forma inexorable.

Nosotros, los de la generación del 80, protestamos, a los 20 años, contra la rutinaria enseñanza de nuestros maestros. Cuando llegó la ola positivista, José Manuel de Estrada fue declarado lírico e ideológico, e inteligencia medioeval; Goyena, muy apegado al famoso Namur, nos traía a su curso el ambiente de la vida antigua; el derecho penal de Obarrio era pueril, y la economía de Larroca se retiraba ante un control sociológico amenazante.

Los jóvenes del año 1810 protestaron contra los maestros de Charcas, de San Carlos y de Córdoba, tradicionalistas de la escuela jesuítica. Esos jóvenes llevaban en sus manos la clave de un futuro Eldorado. Ahí cerca vivía una ciencia nueva, fresca, llena de vida, con todo el prestigio de la revolución francesa. ¿Cómo compararla con los infolios en latín, encuadernados en cuero de Córdoba! Sin embargo, esos volúmenes, adorno de las bibliotecas, formaban una aristocracia de libros, impresos con letras grandes, negras, con relieve. Es un placer acariciar esas páginas de rico papel y tinta imborrable, con sus carátulas majestuosas, con nombres sonoros y la licencia eclesiástica llena de unión.

Quiero decir, señores, que estos movimientos escolares no son artificiales ni efímeros. Traducen un malestar intelectual, un deseo de cosas mejores o distintas, una falta de confianza, o, lo que es más grave, una crisis del prestigio. Porque entonces esas lecciones que no se escuchan con amor y con fe, son

estériles e ineficaces. Las ideas requieren para germinar esas fuerzas de simpatía y de emoción que constituyen la base de toda disciplina universitaria.

Es necesario, pues, y es político complacer esas nuevas tendencias, porque tal vez resulten justificadas, y para evitar que se vuelvan amenazadoras y anárquicas. En general son justas y fundadas, responden a necesidades muy sentidas. Una larga experiencia de la cátedra me ha permitido observar que hay en este mundo universitario un sentimiento de justicia immanente, que raras veces yerra en sus fallos.

Las universidades tranquilas y sólidamente ordenadas implican una gran cultura. En la Edad Media fueron tempestuosas porque la civilización se iniciaba. El estudiante de Salamanca tenía más de pícaro que de estudioso. El aula era una bohemia amable, alegre y expansiva. Encontraréis ese medio descrito admirablemente en la literatura picaresca, en "El diablo cojuelo", en la poesía popular y amorosa.

Ahora, señores, surge una Facultad nueva, con la misma misión de la antigua; hacer el alma argentina, darle la conciencia de sí misma, señalarle esos rumbos ideales para que en el porvenir el pueblo argentino alcance su personalidad propia, realice su carácter original, tenga sus fines en la vida de las naciones a la altura de sus merecimientos.

Es probable que más o menos la nueva institución camine por las huellas intelectuales de la antigua. El sello, la tendencia que imprimieron a esta casa Norberto Piñero y José Nicolás Matienzo es de muy buena ley.

Así, señores, mientras observaba el movimiento estudiantil me decía con la resignación de los pro-

fesores de Charcas: "A su turno y a su hora, serán también declarados en crisis".

Y esta reflexión, algo perversa, trajo la serenidad y el buen humor a mi espíritu.

Del Dr. Alejandro Korn

Señor Interventor, Señoras y Señores:

Comporta el puesto que me discierne el voto de los profesores y alumnos una alta distinción y al aceptarla no puedo menos de exteriorizar mi gratitud que, por igual, se extiende a quienes con espontáneo y juvenil impulso primero pronunciaron mi nombre, como a aquellos que renunciaron a justos reparos para prestigiarle con su alta autoridad. Y es para mí, doctor García, excepcional satisfacción escuchar la bienvenida de labios de personalidad tan autorizada, cuya palabra siempre mesurada y gentil, sabe entretejer a sus intencionados giros la cálida expresión del afecto y de la sinceridad.

No he de ocultar, sin embargo, que en este instante, a pesar de este ambiente placentero, más que la sensación del halago, prevalece en mi ánimo la sensación de la responsabilidad que asumo, la duda propia del hombre nuevo llamado a continuar la obra de tan dignos antecesores. Porque si bien sin fingido apocamiento, también sin alarde contemplo los deberes que impone esta remoción inesperada de las autoridades universitarias, las causas múltiples y complejas que interrumpieron la marcha normal y los problemas que diseña el porvenir. Por un feliz conjunto de circunstancias, la prudencia del señor Interventor, la acción concorde de profesores y

alumnos ha clausurado con rapidez este episodio, no sin dar un ejemplo de unión y de cordura. Me conforta este espíritu de circunspecta sensatez; él justifica la intervención de los estudiantes en el gobierno de la casa y aleja todo recelo sobre la eficacia de la avanzada reforma que ensayamos. Su primer fruto es un Consejo directivo habilitado para satisfacer todas las aspiraciones legítimas.

Ha sido un acto de la más elemental justicia haber mantenido la probada colaboración de los hombres, que, previsores, fundaron esta casa en tiempos nada propicios, la dirigieron con amplitud de criterio y con perseverancia abnegada superaron las dificultades de la naciente y poco arraigada institución. No sin complacencia volvemos una mirada retrospectiva sobre el desarrollo de esta facultad; su importancia y su misión fué negada en los comienzos, pero lentamente se poblaron sus aulas, se amplió el cuadro de su enseñanza, se convirtió en centro destinado a la difusión de las ideas y ya estos muros son estrechos para albergar junto a las aulas, las colecciones etnológicas del museo, la creciente riqueza de su biblioteca, nuestra valiente sección histórica y la geográfica, encaminada a idéntico desarrollo, creaciones todas que honran a sus iniciadores.

En buena hora se incorporan al Consejo fuerzas nuevas, exponentes representativos de nuestra vida intelectual, cuyo renombre ha salvado los lindes patrios; vienen ellos a su propio hogar, era su ausencia la que extrañábamos, no nos sorprende su llegada. Luego, compañeros hoy, quienes ayer no más frecuentaban nuestras clases, arrojarán a la controversia académica la voz de nuestra juventud,

el eco de sus anhelos, el reflejo de sus impacencias, la gallarda entereza de sus desplantes. Y por primera vez en nuestro grave conclave pondrá su nota amable la mujer; viene a ocupar en la casa de Rivadavia el bien ganado sitio y bien la representa la distinguida graduada que honra nuestra facultad.

Así llegaremos de los rumbos más opuestos de la vida a sentarnos en torno de la mesa del Consejo, distintos en años, experiencia y saber, separados por hondas divergencias, pero mancomunados en el culto de los más altos intereses humanos, con igual libertad de espíritu, dispuestos a hacer de esta casa el centro, el foco de un intenso movimiento intelectual, a conquistarle la preeminencia en el organismo universitario, a extender su influencia sobre las más altas inspiraciones de la vida nacional. Ea abriremos al aire y a la luz, a todos cuantos representan talento y ciencia, a cuantos invistan autoridad moral y tan sólo la mediocridad quedará proscripita de nuestra cátedra.

No debemos considerar estos movimientos que han venido a perturbar el tranquilo ambiente universitario, como hechos aislados o fortuitos. Después de lenta gestación, se han insinuado en un punto, han estallado en otro y han repercutido en todos hasta imponerse con la implacable coerción de las fuerzas que surgen en su hora histórica. Debemos vincularlos no a causas ocasionales o transitorias, sino a la razón fundamental que las informa. No debemos apreciarlos según sus rasgos humanos, tal vez excesivamente humanos, si no según la finalidad que los rige. Son, en realidad, la expresión aún inorgánica, vaga, quizás desorientada, de la honda in-

quietud que estremece el alma de las generaciones nuevas. Algún estrépito había de ocasionar el crujir de los viejos moldes.

No son estos movimientos sino un incidente dentro de otros más amplios, que, a su vez, reflejan grandes corrientes universales, pues también nosotros somos una parte solidaria de la humanidad. Donde quiera que escrutemos el campo de la actividad mental, hallamos sus huellas, en la producción literaria, en la obra artística, en el anhelo de nuevas soluciones para los viejos problemas del pensamiento y de la organización social. No es fácil para un contemporáneo señalar la naturaleza íntima de esta inquietud, pero si intentamos contemplar el momento actual en su proyección histórica, tal vez logremos entrever la solución.

Hay en la evolución de las ideas un movimiento rítmico, en virtud del cual toda época ofrece un carácter opuesto a la que precede. ¿Y cuál, preguntamos, fué el carácter saliente de la última, que hoy se desvanece en el pasado? Ningún extraño nos lo anunció en sus albores; fué un pensador genuinamente nacional el que nos dió la clave de los para él tiempos venideros, al revelar el carácter económico de los problemas sociales y políticos. La doctrina de Alberdi la hemos vivido hasta agotarla, hasta exagerar y pervertirla, hasta subordinar toda actividad a un interés económico. E hicimos bien; esa fué la ley del siglo y realizóse la obra nacional más urgente. Mas el proceso histórico no se interrumpe, todo principio extremado engendra a su contrario, un nuevo ritmo sobreviene, su significado es otro: Hay valores superiores a los económicos! No lo ignorábamos, ese era el secreto de esta casa, en la

cual no hay una sola catedral donde se enseñe el arte de hacer dinero. Por fin, nuestra hora llega. Nos inclinamos, pero para despedirnos, de la gran época de los progresos económicos y técnicos; fué grande, con una grandeza comparable sólo a la grandeza de la catástrofe en que se hunde. No negamos, como habíamos de negar, la necesidad del desarrollo económico, pero lo aceptamos solamente como un medio, como el limo fecundo donde ha de germinar una alta cultura, a la vez humana y nacional.

Y el nuevo orden surge con anhelos de justicia, de belleza y de paz; con ideales éticos, estéticos y sociales. Allá se realizarán en su medida; nosotros habitamos los dominios de la teoría, muy conscientes, pero, que ella forja las armas decisivas, que los conceptos abstractos más sutiles se concretan como piedras para lapidar la estolidez rebacia.

Con su trabazón lógica, casi escolástica, ha poco aún se imponía aquel sistema que apoyado en las ciencias naturales, hacía del hombre una entidad pasiva, modelado por fuerzas ajenas a su albedrío, irresponsable hasta de sus propios actos, aprisionado sin remedio en el nexo causal de la herencia y del ambiente; la verdad era una hipótesis, el bien el éxito, la razón de la existencia oscura e insondable. Para sus dudas y sus ansias quedábale al hombre o la resignación estoica o el consuelo falaz de la superstición, pues como la naturaleza que entiende interpretar, esta doctrina es amoral y sin finalidad. Y he aquí que vuelven ahora a postularse ideales; queremos ser dueños de nuestro destino, superar al determinismo mecánico de las leyes físicas, el automatismo de los instintos, conquistar

nuestra libertad moral y encaminar el gran proceso en su ascensión sin fin hacia los eternos arquetipos. El hombre reclama los fueros de su personalidad, la capacidad de la acción espontánea, como si volviera a animarle aquel *nus poiétikon*, la razón activa y creadora, que el viejo Aristóteles juzgaba el timbre más alto de la especie humana. No quiero amenazar con una consideración escéptica el gran esfuerzo de ambas posiciones, ni quiero tallar en la contienda; mis alumnos saben que jamás desde la cátedra he dogmatizado y que con igual fervor les he expuesto a Platón y a Lucrecio Caro. Pero el gran debate está trabado, formidable conmueve todos los espíritus, no cabe simular la indiferencia, y, fuera de duda, puede afirmarse que la necesidad de una solución ética se impone a unos y a otros. Como en los tiempos remotos en que el discípulo de Sócrates pensaba las utopías de su república, el ideal se resume en la misma palabra; Justicia, que para Platón era la síntesis de la triada ética. Justicia queremos como norma de nuestra conducta; justicia social, justicia entre las gentes de distinta estirpe. Llegue alguna vez el día sereno en que no la confundamos con el grito desaforado de nuestras pasiones, con el reclamo mezquino de nuestros intereses!

Como en cada mónada, según Leibnitz, se refleja a su modo el universo íntegro, así también en los acontecimientos aislados, se reflejan las ideas directrices de la época. Conocerlas es poseer la razón de los hechos; no es lo mismo contemplar las cosas desde las cumbres o con el ojo desorbitado del battráico, detenido ante el plinto de una columna cuyo erguido fuste no sospecha.

No sería suficiente por eso ahondar nuestro criterio filosófico e histórico, ni contemplar las ciencias con la educación de nuestra sensibilidad estética, si no nos dispusiéramos al mismo tiempo a encuadrar la vida dentro de la integridad moral de nuestro carácter. Toca, por cierto, a la Universidad no descuidar esta faz de su misión, y la acaba de tener presente al suprimir — por fin — la tradicional tutela de las trabas reglamentarias con las cuales pretendía mecanizar la vida del estudiante. No desconozcamos su alcance, esta innovación emancipadora no es un alivio para nadie; ella significa la vida universitaria, pues despertará en profesores y alumnos la conciencia de su responsabilidad. La falta de coacción externa obliga a suplirle con la disciplina espontánea. Esta reforma por fuerza ha de intensificar la seriedad de las pruebas finales y desde luego impondrá al estudiante mayor contracción y sobre todo el autodomínio de su voluntad. La libertad es un bien para los fuertes, para muchos será un escollo. Pero esto no es un mal; conviene que la selección se verifique, que si la ineptitud está demás en la cátedra, tampoco hace falta en las bancas.

La misma coparticipación de los alumnos en la designación de las autoridades universitarias es un derecho que impone los deberes correlativos. Es menester ejercerlo con ecuanimidad, convencidos que la evolución lenta de las ideas y de los hombres no puede precipitarse más allá de cierto límite. Y permítannos los alumnos que con la autoridad que ellos mismos me han dado les haga una advertencia: Tras de las nuevas ordenanzas ha aparecido como por generación espontánea, el tipo del docente empeñado en captarse la benevolencia del estudiante

con la frase lisonjera que explota sus flaquezas. Ese es el enemigo! No ha de mediar displicencia entre el profesor y los alumnos, bien poco vale el saber sin la bondad, pero el maestro ha de ser severo, que no educa a niños sino a hombres.

Y ahora, señores, con doble ahinco, retornemos al trabajo; pocos días nos quedan antes de terminar los cursos, tratemos de aprovecharlos. La meta que perseguimos no se alcanza con improvisaciones, ni con impulsos irregulares; ella exige el cumplimiento metódico de la tarea del día, la concentración del espíritu sobre los deberes inmediatos.

Y antes de separarnos levantemos la mente al ideal más alto que cada uno de nosotros, con nombre diverso, venera en el foro de su conciencia, y hermanados en el afecto a esta casa, en el propósito de honrarla, formulemos un voto por el éxito de la reforma universitaria, por la gestión acertada del Consejo Directivo y también por la del más modesto de todos, la del nuevo decano.

Del Sr. Jorge M. Rohde

Señor Decano; Señoras; Señores:

Un viento de saludable inquietud renovadora flota sobre todos los ámbitos del país; y puesto que de inquietud intelectual se trata, lógico es que en las universidades se concentre el fuego y que de ellas surja la esencia purificada de nuestras pasiones y deseos de perfección ética y estética. En Córdoba, la ciudad de los "tiempos medios", como dábamos en llamarla, prendió la chispa de los impulsos viriles y espontáneos, y se conmovieron en la casa de Trejo hasta los fantasmas de los rectores coloniales — que

aun "regian" — ante la noble irrupción de una juventud que alzaba su bandera al grito iconoclasta de todas las rebeliones, que es el de todos los progresos — aunque parezca paradoja — de que la humanidad puede gloriarse. Los estudiantes de Buenos Aires comprendieron las voces fraternas que resonaron en las serranías de la ciudad mediterránea, y por ellas — rompiendo su tradicional apatía — golpearon la puerta de la universidad y pusieron en las reformas docentes sus energías y esperanzas.

Sería ocioso que yo formulase, señores, la importancia que se le debe conceder a la universidad en nuestra República, como la más alta conductora del pensamiento y modeladora, por lo tanto, del alma ciudadana. En la universidad depositemos nuestros afanes para que ella los encauce, dándonos la orientación sustentada en el bien, la verdad y la belleza: trinidad suprema que los griegos ataviaron con el velo de las Gracias; de ahí sus islas en mares glaucos, rincones de ciencia y de armonía...

Es cierto, señores, la que llamaron un tiempo "Atenas del Plata" olvidóse de su égida de luz para empuñar el arado, como si estos dos atributos no pudieran armonizarse; es cierto que el hombre, perdida la ruta celeste, hundióse en el surco de los trigales rubios hasta el hastio; pero hoy, señores, sentimos de nuevo florecer estrellas en los cielos, que harán más copiosa la cosecha de la tierra; hoy la palabra de un filósofo hispano, que se escuchó desde esta misma tribuna, palpita en los labios juveniles como mensajera de purísimas esencias, no como estéril vagabunda; hoy conmueven las ideas *novecentistas*, y si en ellas se puso amor, como quería Sócrates, se puede esperar de su destino en la mente

generosa del compañero: ya esté en propias o en enemigas filas; hoy retornamos, como en el siglo magnífico, a las inmortales fuentes de la filosofía griega; hoy, en fin, deseamos que la universidad recoja la dispersa luz de nuestros ideales para que en un solo haz la proyecte a lo futuro, sin cuidarse del pasado inmediato, donde tantos astros muertos ruedan y tantas nubes se tiñen por espejismo con el oro de la estrella...

Señores, traigo la palabra del "Centro de Filosofía y Letras" a este acto; hanme honrado para que os exprese la inquietud, llena de satisfacciones y esperanzas, que brota en el ambiente estudiantil de esta Facultad, por la reforma universitaria que se inicia y que lleva al más alto puesto dirigente a un maestro querido y respetado. Deseamos, señores, que esa inquietud que hoy anida, para suerte nuestra, bajo el techo de esta casa con el postulado de la helénica "sophia", nunca se apague en la obra solidaria, porque de ella surge todo cuanto el hombre ha realizado, dueño de la libertad creadora, en el arte y en la ciencia.

LOS MARTIRES

A Jorge M. Rohde, autor de "Impresiones Romanas"

¡Roma! Madre de Rómulo y Remo,
Que naciste de loba aulladora,
Tiembla, que llega fatal ya la hora
A tu imperio soberbio y supremo.
¡No serás la que fueras,
Roma del César que ahuyentó su tedio
Pulsando heroica lira, allá en el medio
De ávidas hogueras!
¡Roma! Allí en Oriente
Alumbra un nuevo sol la Palestina...
¡Roma! ¡Roma sabina,
Tu muerte se presente!
¡Roma, que de orgías das ejemplos,
Fatigando los lechos y poltronas!
Roma, la de los templos,
La de lúbricas matronas,
La de dioses que son emperadores
De un día, por la espada,
Roma, Roma, ya nada
Quedará de tu imperio y tus honores,
De tu largo triunfar y tu ralea...
Mira y tiembla, Roma, allá, muy lejos
Te observa, sin mirar sus aparejos
Un pobre pescador de Galilea...

El circo ruge inquieto,
 Esperando las víctimas cristianas...
 Es trágico su seno ya repleto
 De las plebes famélicas romanas.
 Llegó el César, rodeado de Petronios
 Y esclavos de la Nubia.
 La gente de la Galia, toda rubia,
 Se mezcla con los fuertes macedonios.
 Un sol de las colinas, incendiario,
 Los torsos abrillanta, sudorosos,
 De recios gladiadores victoriosos,
 Y la espada y el casco legionario...
 Hay gritos y pregones...
 De repente, la turba embravecida
 Saluda a los valientes mirmidones
 Que abrirán de las fieras la guarida,
 Y, en alto las manos plañideras,
 Al César dan sus votos, largamente,
 Mientras pisan la arena lentamente
 Los cristianos brindados a las fieras...

De pronto, un hondo grito
 Sacude aquella varia machedumbre,
 Al tiempo que al meterse tras la cumbre
 El sol ponía una llama al arco Tito...
 ¿Qué sucede? Un hombre abre a empellones
 El cerco de las túnicas moradas,
 Y salta entre las fieras asustadas,
 Pidiendo con clamores los perdones...
 Luego otro... y otro, cientos,
 Hasta que el circo ruega todo al Flabio
 Pronuncie el "esto" que escatima el labio
 Al ruido y los lamentos.

Y allí, de rodillas en la arena,
 En tanto los terríficos leones
 Buscando una salida, en los rincones
 Se agrupan a mirar la extraña escena,
 Unos pocos cristianos,
 Mirando a una región imaginaria
 Elevan tristemente una plegaria,
 En súplica, muy juntas ambas manos...

Valentín Méndez Colzada.

CeDInCI

EL ARTE NACIONAL EN 1918

Fecundo ha sido para nuestro arte el año recientemente terminado. Fecundidad que, para ser completa, debió ser regada con lágrimas verdidas, amorosamente, sobre la tumba de una venerada figura patriarcal, el viejo Sivori, de quien nos despedimos para siempre en un brumoso atardecer de otoño.

La guerra europea ha sido propicia a nuestro afianzamiento artístico, impidiendo la emigración de nuestros artistas, por una parte, y la inmigración, por otra, de los ganapanes europeos que con cuatro brochazos torpes acostumbran a "descubrirnos"; ha tenido la virtud de provocar un arte más *nuestro*, a obligar a sus cultores a producir bajo la inspiración de su propio suelo, lejos de influencias extrañas, como una de esas dolencias físicas que al minarnos el organismo, cultiva nuestro espíritu, obligándonos, por la quietud, a reconcentrarnos en nosotros mismos.

Tocó a Blanes Viale, el gran pintor uruguayo, iniciar el movimiento artístico del año, que habría de culminar en la estupenda exposición de Fader y tener por broche brillante la feliz iniciativa del "salón" de artes decorativas.

No se ha borrado aún el recuerdo de la exposición de Blanes Viale, aún perdura en nuestro espíritu la pujante policromía de sus islas doradas, recortadas por el intenso azul del Mediterráneo, en sus paisajes mallorquines; la infinita melancolía de sus paisajes misioneros. Al despedirse el artista hermano, des-

pues de cordialísima estada entre nosotros, dejónos un pedazo de su espíritu en tres telas admirables, que han de ser por siempre orgullo de nuestro Museo, y que, para los que le cobramos verdadero afecto personal, han de conservar la intensa emoción de la mancha blanca del pañuelo, que se destaca ondulante sobre el contorno borroso del barco que se aleja.

Vino después el "Salón de Otoño", del Rosario, donde un grupo de personas cultas y bien inspiradas, lucha por romper, con una nota de belleza, el ambiente cartaginés de la ciudad.

El "salón" de acuarelistas, y otras yerbas, puso también este año, como una muchacha enferma, la nota lánguida de su progresivo desfallecimiento.

Siguieron numerosas exposiciones individuales, de variado mérito. Entresacamos las mejores: Alice, pintor de valía, pero para quien la naturaleza está llena de recatos y esquiveces, nos trajo una pálida visión de la cordillera riojana. Franco se reveló un aguafortista pujante, con su excelente colección de vigorosas planchas sevillanas. Los esposos Rossi afianzaron aun más, con sendas obras, los prestigios anteriormente adquiridos. Navazio nos trajo una nueva serie de telas, ejecutadas siempre dentro de su particular manera, tan personal como interesante. Panozzi, de quien sólo conocíamos obras aisladas, se ha revelado en forma insospechada, colocándose en primera línea entre nuestros paisajistas. Análogo fenómeno ocurre con Prins, que después de una numerosa obra dispersa y desorientada, nos ha presentado un hermoso conjunto de telas de positivo mérito, encauzadas dentro de una tendencia sana y robusta. Chinchella Martín recibe su bautismo de fue-

go con una serie de marinas que bastaría por sí sola para consagrarlo definitivamente.

Fader, el artista extraordinario, puso, como de costumbre, la nota culminante. Ya nos hemos habituado a verlo bajar cada año de la sierra, trayendo a la espalda, como un sublime forjador de belleza, el resultado de sus sueños fecundos.

El "Salón Nacional", tan ansiosamente esperado siempre, si bien flojo en su conjunto, tuvo la simpática característica de estar formado en su mayoría por gente joven, que comienza recién la difícil marcha por el áspero sendero del arte, y, como justa compensación, la dolorosa evidencia de unas autoridades que están a punto de malograr el certamen, con la torpeza y parcialidad de sus procedimientos.

El "salón" de artes decorativas, de discutible mérito intrínseco, — bien justificable por la premura con que fuera organizado, — ha sido, en cambio, un éxito extraordinario como iniciativa, pudiendo descontarse que tiene su vida asegurada para siempre y que su marcha ha de ser ascensional, aumentando cada vez su importancia.

Estos son, en líneas generales, los más importantes acontecimientos artísticos del año que dejamos atrás.

Francisco de Aparicio.

EL MAXIMALISMO

I

EL GRAN ENSAYO

La salud que se desea principalmente se há de esperar de una gran efusión de caridad. — León XIII

Enciclica BERUM NOVARUM.

El enorme desequilibrio en que ha hecho oscilar la guerra a las naciones, creó y nutrió en el orden institucional de todas ellas, un nuevo y a la vez único punto de apoyo de la organización social, sobre el que ésta ha gravitado y gravita todavía buscando el nuevo equilibrio; ese punto es el proletariado civil y militar — obreros y soldados —. Su posición al estallar la guerra, o quizá más propiamente, en su apogeo, era la del más fuerte poder social que puede concebirse. Más fuerte que los grandes poderes políticos — que le tenían por pedestal insustituible; fatal centro de gravedad del orden guerrero, — en fin, necesario y, por lo tanto, todopoderoso; y siendo una y otra cosa durante tres largos y duros años, es claro que la conciencia de su fuerza llegó a ser para él de una evidencia aguijoneante. En tal estado de cosas la habilidad política, el talento gubernativo, la suerte de las armas, todo ha tenido su rol en la gestación de lo que ya ha comenzado a ser con los estallidos de Rusia y Alemania; pero no es aventurado decir que ese rol fué nada más que secundario y formal; precipitaron en un lado, retardaron — retardan aún — y desviaron en otros, pero no engendraron ni eliminarán nada. El porvenir de los acontecimientos quedaba — y está todavía hoy — sometido todo entero a la sola fuerza proletaria que, respondiendo a

infinidad de solicitudes relativamente débiles, atendida a una sola superior y dominante: la exigencia biológica.

El gobierno más sabio y poderoso no hubiese podido nada contra el hambre de un pueblo para quien la cultura de una época le tenía señalado íntegro su fin en la vida material.

Quiero apresurar la entrada en lo que me aparece el síntoma grave y principalísimo del gran problema. Su carácter moral y la especie de cultura en que se meció desde su nacimiento hasta la crisis de su pubertad. No creo posible hallar la fórmula capaz de darnos el valor y el sentido de todas las guerras, porque cada una las tiene según hayan sido lo de la cultura que la engendró (1), por eso no titubeo en referir la significación de los fenómenos que la guerra actual ha engendrado y nutrido — el que recién indiqué de la fuerza desordenada del hambre, por ejemplo — a valores materiales y razones biológicas, porque unos y otras han sido algo así como el corazón cultural del siglo XIX. Hay en esa cultura un carácter que es casi un juicio sobre su valor. El positivismo materialista y la política amoral son negaciones de la realidad de ciertos fenómenos esenciales de la vida y del orden universal; positivismo, materialismo y determinismo, no afirman nada, niegan sencillamente lo absoluto, el espíritu y la libertad responsable. Y tiene una grave importancia el carácter negativo de esa cultura en quiebra, porque juzgándola así, puede explicarse la forma y la naturaleza de las reacciones producidas en su crisis. La reacción filosófica definió primero su negación — en la que

(1) Bien sentido que hablamos de «las guerras» y no de «la guerra», de lo que es que de lo que debe ser.

fué unánime — así en el origen del novecentismo obró con más agudeza la categórica disconformidad con el positivismo que una clara profesión idealista. La revolución social, más bien que por dar a luz una forma definida de sociedad nueva, lucha por destruir la existente (1), y ha llevado tan gran violencia en su estallido y su acción, no por lo que en su conciencia había de convicción positiva, sino precisamente por lo que de su conciencia había extirpado esa cultura enana: el amor.

Y bien, semejante orden de ideas, destemplaba con su ausencia de amor el espíritu de los de abajo, y envilecía, desenfrenándolo con su falta de moral, el de los de arriba. La ambición capitalista nunca fué más sana ni recta que la proletaria, con una diferencia grave — no la única, por cierto — en contra suya: que aquella todo lo pudo y nunca dijo basta, y ésta — por lo mismo — no pudo nada que no fuera agregar naturalmente a la inquietud el descontento y a éste el rencor. La justicia social no será un timbre de gloria del mil ochocientos.

A un lado las razones particulares — fuera de la norma de este artículo — que en cada manifestación de la vida han tenido parte en el origen de la organización social de la última centuria (2), es preciso comprender con qué fuerza exageró sus consecuencias la cultura del siglo, fácil de advertir midiendo el resultado escaso de la abundantísima legislación obrera, lo que prueba que éste, como todos los gran-

(1) Aunque no le parezca ante la realidad constitucional de la república rusa, porque mucho más indudable que la estabilidad del orden actual, es la imposibilidad de que ese pueblo vuelva a la organización social anterior a la revolución.

(2) Espérame mi empeño de excluir de este estudio los problemas económicos que agitan en el gran conflicto.

des problemas sociales, no lo es de legislación, sino de cultura moral, y en el siglo pasado sobró exageradamente la primera y faltó absolutamente la segunda. Limitado el horizonte espiritual con el desierro de lo absoluto, la lucha social que hoy comienza su crisis, producía la impresión de una loca carrera hacia la humana felicidad. Y más que loca, por su materialismo, era aquella carrera desigual a tal extremo que León XIII — el Pontífice Máximo — aceptó el trance de poner toda la firme santidad de la justicia cristiana en favor de esa suerte de modernos esclavos, tantas veces extraviados y rebeldes con la Iglesia, y ello así porque "los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte que unos cuantos opulentos, riquísimos hombres han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos" (1). Esa verdad, que más o menos clara e hirviente estaba en todos los espíritus de la *innumerable multitud*, aguzó el sentido del valor de las instituciones dominadoras sin equilibrio ni prestigio, que uno y otro los había enterrado el hambre y la derrota; y el proletariado ruso, el último en la herencia de la justicia, fué el primero en tentar el gran ensayo. Frente a los poderosos enpequeñecidos y poderosos cillos a su vez por la conciencia de su fuerza, tomaron el camino de arrancarles a aquéllos el cetro del dominio, iluminados por la ilusión de realizar el reino de la felicidad sobre la tierra.

Al movimiento lo caracteriza en lo político, su forma de dictadura democrática — la dictadura del

(1) León XIII.—*Encíclica "Rerum Novarum"*.

proletariado, — en lo económico, la supresión de la propiedad privada. Creo que como índices genéricos y fundamentales, ningún otro podría señalarse.

La monarquía autócrata de las dos naciones — dicho sea guardando las distancias — que han echado a sus espaldas la responsabilidad del ensayo, significaba para el proletariado la quintaesencia de la dominación, a pesar del gran talento político y extraordinaria preocupación por el problema obrero, de una de ellas. El poder político en la organización autócrata aparecía tan esencialmente compenetrado con la organización capitalista cuyo aniquilamiento se persigue, que la transformación más absoluta e iconoclasta de ambas era lógica y necesaria en el orden de la revolución (1). Así también la repartición de la propiedad privada, la posición económica más antagónica del capitalismo entre las concebibles, aparenta resolver, en un cálculo matemático, de una manera sobradamente halagadora el problema de la repartición de la felicidad en el mundo.

El éxito resultará, entonces, de conseguir una organización humana gravitando sobre esas dos ideas, y, entendiéndose bien, nada más que sobre ellas.

Semejantes características señalan al movimiento como la más natural de las revoluciones, casi diríamos, como un trance violento de la evolución — en realidad lo que son siempre las grandes revoluciones. Nada hay en él de asombroso o inexplicable para quienes han seguido la trayectoria descendente de la cultura del materialismo histórico, comprendiendo el claro sentido de su influencia en todas las clases so-

(1) Por eso, la ola democrática, más avanzadada hasta hoy que la maximalista, no está en el fondo, desentendida de ésta y hasta puede decirse que es un maximalismo precursor.

ciales. Desde ese punto de vista, el maximalismo, según el episodio ruso, es simplemente el estallido de la cultura del siglo XIX, que ha tenido el privilegio de respetar y asimilar los defectos más graves recibidos en la herencia de las culturas ascendientes.

No será aventurado que hablemos de su porvenir, teniendo en nuestras manos los elementos para un juicio de su valor, y lo haremos sin olvidar que la revolución, aunque engendrada por esa cultura ingrátida, es bajo ciertos aspectos una reacción contra ella misma.

Sin detallar la naturaleza de las nuevas instituciones, se ve claro que, a pesar de su reacción, persisten en el episodio los pecados más graves del orden que se quiere suplantarse, por lo que, lógicamente, han sido olvidados, o más propiamente, desconocidos los valores de que este orden careció, por lo que fue vacío, pernicioso y efímero.

Materialista histórico su fundamento doctrinario, inspirador de su organización, le retiene en el círculo de las ideas que combate; el anhelo de salvar los errores de un orden económico — el capitalismo — lo realiza únicamente con la implantación de otro orden económico — el de la propiedad colectiva; en lo político cambió de dictador, persistiendo en la dictadura, sin preocuparse de la disposición espiritual de la mayoría que dicta. Además, el materialismo histórico es un edificio de doctrina asentado como sobre tres columnas, en las tres negaciones de la filosofía positivista; el materialismo implicado en la negación del espíritu, se convierte para el sistema en la afirmación del primario valor de las fuerzas económicas en la historia, que todo lo hacen y lo explican todo; el determinismo justifica la existencia de

leyes sociales y desplaza todas las contradicciones que contra semejante orden determinado alza la libertad; el agnosticismo, en fin, le sirve para negar a la ley moral sus caracteres de objetiva y absoluta, reduciéndola a producto del medio, relativa y utilitaria.

No es ilegítimo considerar realizado la crítica del positivismo; la posición de toda la filosofía contemporánea y la persistencia de las instituciones que más combatió — la religión, por ejemplo, y más especialmente la Iglesia — justifica que lo hagamos así. Y bien, esos caracteres, a que recién nos referíamos, son los que primero han perdido pie en los dominios de la cultura, precipitando la desaparición del sistema que ha dejado en su lugar un gran vacío moral. En ese vacío se mueve la revolución, apoyándose en una filosofía que no existe. La asfixia que amenaza, y de producirse — que se producirá — el renacimiento solo puede traerlo una onda vivificadora de religiosidad.

Nadie debe inquietarse, ante el movimiento, por el porvenir de las instituciones cristianas, ni más particularmente, de las de la Iglesia, porque nada hay en ellas que sea un amparo de todas las formas y maneras de injusticia social que la revolución ataca, llámense forma de gobierno, organización económica o insubordinación de clases. Y a propósito urge, impostergablemente, someter a una seria y sincera revisión el valor cristiano que se atribuyen muchas instituciones y no pocas vidas privadas. La sinceridad es una virtud heroica, raro será hallarla en una cultura que resuelve todos sus conflictos, hasta los de conciencia, con criterio político, criterio cínico, que

ha inventado la dualidad de la moral privada y pública y la verdad de lo útil. En un vivir que hizo de los medios fines, de la utilidad verdad y de la moral una cosa parecida a la túnica inconsutil del Evangelio, que crece en amplitud según crece la ambición desordenada de su dueño, debió ser fácil matizar todas las actitudes con un tinte tornasolado, que les diera tan pronto color de cristianas como de islamíticas, según fuera el sol que alumbrara o la faceta que se exhibía a la luz. Pero cuando se rastrea en esa época el hilo de sana tradición, se le halla delgado pero transparente, serpenteando en Francia y Bélgica, por ejemplo, a través de un cálido movimiento de catolicismo social, en Alemania inspirando la obra de cristiana tolerancia y práctica energía del obispo Ketteler y levantar, por fin en Roma la voz consagrada del movimiento con la encíclica *Rerum Novarum*, que si se la llamó carta magna de los obreros, con igual buen sentido se la puede calificar de Código Penal de los capitalistas. Ese hilo no ha de romperlo la revolución, muy por el contrario, dirigido por las pocas manos limpias y honradas que la formidable revisión respete, despertará una punzante noción de responsabilidad en los espíritus cristianos que, sugestionados por el propio silencio, viven creyendo que los nuevos problemas no existen y cuando despiertan por la sacudida no atinan a comprenderlos y se conforman con un anatema. Penetrará en el corazón del nuevo orden, agitará su haz de virtudes en todos los vacíos morales y entonces comenzará otra revolución, sin terror, silente y angustiosa, que agite los espíritus en el íntimo retiro de cada uno con la preocupación de los grandes problemas esenciales de la vida, aprovechando el esce-

nario propicio de los valores positivos que el maximalismo dejará: solidaridad colectivista y mayor justicia social.

Recapacitando, diremos para concluir, que el maximalismo nos parece la terrible liquidación de los errores más graves de la cultura materialista y su consiguiente política amoral, hecha por los que más han sufrido con ella, en nombre de ideas fundamentalmente erróneas también, pero alentadas por un soplo de sinceridad y un grande anhelo de justicia, que le valdrá a la revolución la suerte de dejar a la humanidad un residuo sano de valores positivos: solidaridad, colectivismo y mayor justicia social, que la revolución no ha inventado, — pues son tan viejos como la civilización cristiana — pero que de hoy en más, serán postulados indiscutibles de todo equilibrio universal futuro. Y mientras éste llega, mezclemos sin temor toda nuestra vida en la gran agitación humana, puestos los ojos en el evangelio y las manos en la pobre pero perseverante labor de todos los días, que quizá la Providencia nos depara la bendición de ver colocada la última piedra.

Tomás D. Casares.

II

CARTA

Contestación a la pastoral de S. S. I. fray Zenón Bustos,
Obispo de Córdoba.

Monseñor:

V. S. I. hace notar con todo acierto que el maximalismo ataca el principio de autoridad, pero de esta premisa tan exacta deduce luego conclusiones inaceptables.

Permitame, pues, V. S. I., una breve digresión histórica. Cada vez que el principio de autoridad ha sido desacatado en el mundo, fué porque esa autoridad no era digna de serlo y había una desarmonía entre su valor ético y su poder temporal o espiritual. Así, el papado paganizado hace surgir a Lutero, y es interesante constatar que la restauradora del catolicismo, la Compañía de Jesús, tiene como norma fundamental de su acción y de su doctrina la defensa — hasta la exageración — del principio de autoridad, que es el principio católico por excelencia.

También la Revolución Francesa no es más que el desconocimiento de una autoridad que era indigna de seguir siéndolo y hoy día todos sabemos que los Derechos del Hombre, no son en forma alguna incompatibles con la Religión Católica, sino muy por el contrario, la efectividad política de principios que, referente a la dignidad de la persona humana, siem-

pre habían sido sostenidos en un terreno espiritual por la Iglesia y por sus obispos ilustrados.

Algo análogo sucede con los actuales movimientos obreros, que culminan en el titulado maximalismo, palabra de sentido vago, pero que significa en definitiva la imposición revolucionaria, con métodos de terror, de una organización social más justa.

En el fondo el maximalismo no es sino la protesta legítima contra una autoridad que ya no es digna de serlo, y es para mí, como católico, sumamente penoso que V. S. I. se sienta personalmente inquietado por los avances de la revolución social.

Es necesario, en primer lugar, separar las doctrinas del maximalismo, del terror con que como método se les quiere imponer. Si V. S. I. hubiera condenado esta última parte solamente, contaría con el apoyo decidido de todos los católicos bien informados.

Pero V. S. I. desconoce la necesidad de una reforma social y dice que los obreros han sido engañados sobre los capitalistas, "en quienes se les hizo ver, por los demagogos, a tiranuelos opresores suyos" — como si ellos, que han trabajado de sol a sol, sin ayuda en caso de accidente, sin sostén en su vejez, sin salario suficiente que les habilite a vivir de acuerdo con la dignidad humana, no supieran quienes son los capitalistas!

Así, V. S. I. desconociendo las previsoras palabras de S. S. León XIII, se solidariza con un concepto conservador retrógrado, y en su afán de defender "el trono" corre el riesgo de dejar de ser cristiano y corremos el riesgo todos de que la palabra de V. S. I. se tome por autorizada, haciéndose una confusión lamentable entre la sagrada investidura y la

instrucción filosófica de V. S. I., con grave daño para nuestra religión.

Yo no tengo que ver nada con esa pobre gente que incendia y mata, ni con los que, fanatizados, exageran el principio de autoridad hasta suprimir la personalidad individual; pero con la misma piedad acompaño a los que extraviados luchan por una causa justa, como a los que en su infinita ignorancia se afanan en poner el catolicismo al servicio de la Injusticia Social.

Al felicitar a V. S. I. de que Dios no haya concedido al infrascripto una vocación excesiva por la gramática, ni por la vigilancia de su correcta aplicación en las pastorales, me es particularmente honroso manifestar a V. S. I. mi consideración distinguida por su persona particular y mi respeto por su investidura.

Adolfo Korn Villafañe.

EL SEGUNDO ADVENIMIENTO DEL ARTE (1).

POR RALPH ADAMS CRAM

(Continuación.)

Nada había en esto de fortuito, nada de evitable. Lo que hubo de premeditado y artificial en el Renacimiento no podía manifestarse en otra forma, mientras que la nueva cultura del materialismo estaba llamada a producir cierta orientación de vida, cierto orden de pensamientos y cierto ambiente de comprensión material y espiritual contrario al arte en todas sus manifestaciones. Debido a la concurrencia sincrónica de ambas tendencias, a que se agregó la depuración final de la religión con las últimas revelaciones de la reforma, desvaneciéndose el vacilante esparroteo del arte antiguo y bienhechor, convirtiéndose al artista del futuro en el rebelde y en el proscrito.

De 1820 a 1830 hubo en los Estados Unidos un interregno en que no se ve aparecer el arte ni en su forma antigua ni en la moderna, comenzando entonces a surgir la personalidad y el artista individual a imponerse. Ahora es cuestión de miras personales o por lo menos de actividad personal aun sin mira alguna, imprimiendo la dirección la arquitectura como de costumbre con los estilos neo-greco, neo-gótico, neo-italiano, seguidos cincuenta años más tarde por extrañas y nuevas fantasías provenientes de Inglaterra, la Francia meridional, París, la América colonial hasta que al fin los ecos históricos se apagan y queda sólo el individualismo, las

(1). Revista "Inter-América", N.º 2, de Septiembre de 1917, Nueva York.

personalidades potentes que por su fuerza individual hicieron ellas mismas, y no los estilos que se habían anexado, el centro de la influencia artística.

Durante algún tiempo las demás artes que fueron rezagadas, sosteniéndose de los últimos hilos de la tradición, ceremoniosas, escrupulosas, más o menos decrépitas y ostentando acá y allá un Sargent, un Saint-Gaudens, un McDowell, un McKim, que representaban alturas insólitas de maestría esporádica. Luego, con el nuevo siglo, vino el individualismo como una avalancha y la anarquía y el nihilismo nutridos en Europa dominaron especialmente en la pintura y la poesía con el arte nuevo, el impresionismo, el cubismo y el verso libre, ocupando el puesto que había dejado vacante el arte fenecido: representaban algo nuevo, no arte precisamente, pero interesante como exhibición de lo que produce el nuevo tipo de cultura como expresión propia; jactanciosamente rebelde contra el materialismo científico e intelectual, pero constituyendo parte tan integrante de él como el culto de la ciencia cristiana, la educación vocacional y el cinematógrafo.

Al comienzo del siglo la arquitectura habíase fijado en cierto estilo definido. El gótico había dominado al romano y se usaba generalmente para los templos, sin distinción de credo; demostrando por el mayor predilección los protestantes y unitarios, a pesar de ser totalmente adversos a la religión que lo había creado, el catolicismo romano, al cual pertenecía por derecho natural. El estilo colonial habíase elevado en la hundida centuria pasada sobre sus fantasías primitivas estableciéndose como estilo doméstico en el campo y en los suburbios y dividiendo también con el gótico el terreno educador. El

parisién en toda su variedad, habíase adoptado para las residencias ciudadanas y para los edificios de finanzas, y se desempeñaba admirablemente. La arquitectura comercial era arbitraria en cuanto a estilo. Después de todo, ostentaba lógica brillante aun cuando aquí y allí algún palacio veneciano asumía doble aspecto y se usaba como tienda, o un detalle "gótico", reproducido mecánicamente, se aplicaba a la construcción de acero de algún rascacielos. Las bibliotecas Carnegie desarrollaron su propio estilo íntimo en un classicismo estereotipado, como lo hizo también la ciencia cristiana; en tanto que en el extremo oeste el estilo "misión" (del mismo tipo que la mueblería "misión" fabricada en los grandes rápidos) cedió paulatinamente ante una moda nueva e inesperada, tan atractiva en sus caprichos como poco susceptible de denominación.

Extravagante como era todo aquello, parecía obedecer, sin embargo, a un ideal genuino predominante que consistía en aplicar bien y con discreción todos los estilos. Este es un ideal excelente, después de todo. El éxito o el fracaso dependen del individuo; y como la última generación contó algunas veintenas de arquitectos extraordinariamente dotados, cuando tuvieron éxito fué extraordinario por lo general. El hecho es que lo que valía era el arquitecto. El público no contribuía en nada, la forma de vida actuaba como disolvente y el cliente sólo exigía lo más que podía obtener por su dinero.

Ahora bien; antes de pasar a otras artes hagamos una aclaración. Es imposible hablar exactamente de ideales "contemporáneos" en arte aun cuando existen, simplemente porque esta frase no reconoce la situación del artista como rebelde más bien que co-

mo exponente. Los ideales del público son una cosa y los del artista son otra muy diferente. Algo verdaderamente asombroso es la manera cómo han impuesto su voluntad al pueblo los artistas rebeldes. El refinamiento del gusto entre 1880 y 1915 se debe únicamente a los artistas y a la fuerza compulsora que han impuesto a la sociedad. Realizaron labor admirable; y aun cuando últimamente ha ido decayendo con tanta rapidez como se verificó, el hecho es que por algún tiempo tuvieron éxito, que es preciso reconocer.

Por consiguiente, al hablar de ideales debemos referirnos a veces a los de la generalidad: negociantes de bolsa, financieros, políticos, hombres de ciencia, hombres de negocios en grande y en pequeño; y a veces a los mismos artistas, puesto que la civilización moderna por lo menos ha cumplido su labor perfectamente, y que si alguna vez existió una zanja divisoria entre ambos grupos, fué sólo con el objeto de echar sobre ella el puente de relaciones puramente comerciales.

(Continuará.)

BENJAMIN TABORGA

Era ya un espíritu formado y cuando iba a emprender la realización de su obra de pensador, desaparece.

Un hado cruel lo ha arrebatado a la vida, como a Arquímedes, el soldado imperial: sin saber lo que hacía.

Estaba en comunión con los grandes espíritus de la humanidad, de Platón acá. Henri Poincaré era para él el sabio, "el puro sabio". Xenius contaba con su calurosa simpatía intelectual.

Sus escritos seducen desde las primeras líneas, porque a la precisión del lenguaje se unen el interés del tema, la profundidad del concepto y la elevación de mira.

Crítico sutilísimo, derribaba un volumen en cuatro plumadas, así se tratase de una obra literaria, pero sobre todo si se trataba de una mala obra filosófica.

Y ¡cuánto bien había empezado a hacer en nuestro mundo neo intelectual el ariete de Taborga!

El poeta se impuso desde el primer vuelo. El primer vuelo lo dió con *La otra Arcadia*, opúsculo de versos, publicado por el Colegio Novecentista. Nuestro Cuaderno ha reproducido la opinión de Xenius, expuesta en su *Glosari*, y ha publicado también una carta de Leopoldo Lugones y una nota bibliográfica de nuestro colaborador Juan Rómulo Fernández, juicios todos que ponen de relieve los altos quilates del artista, admirable por su poder de síntesis.

Y sobre el artista estaba el pensador. Los trabajos que de él conocemos y sobre todo el ensayo sobre *El espacio, la geometría y la lógica*, que publicó en nuestro Cuaderno 2.º, nos permiten formular esta apreciación. La lógica dentro de su posición filosófica era inflexible.

Tenia sed, pero no sed de satisfacciones materiales — de comodidades o de popularidad — pues que en él la materia habíase reducido a su mínima expresión o, encarnando el principio platónico, era el alma lo que constituía en él la materia del cuerpo. Su sed era sed de verdad. De ahí ese afán afebrado del estudio, que había llegado a convertirse en él en una suerte de voluptuosidad. Y como su Universidad fué el universo, era capaz—y lo hizo—de trasladarse a pie de una ciudad a otra ciudad, en busca de un libro o de un hombre, si de libro u hombre podía captar una idea.

Y como no tuvo pereza para pensar, no le vimos escudarse en las disculpas que siempre tiene a mano la mesocracia ideológica para borrar la nitidez de los términos de todo problema. Ese “más allá” que siempre se aleja como la conjunción de las paralelas, acaso llegó a ser, como desiderátum de sus inquietudes y de su reflexión, una gran serenidad, algo muy concreto en el vértice de su espíritu. Llevaba en sí mismo un telescopio y un microscopio para observar el mundo de lo infinitamente grande y el mundo de lo infinitamente pequeño.

Solo, había puesto la proa a muchas mentiras modernas, tales, entre ellas, el cienticismo y la democracia; y así, nada extraño que escribiera sobre Victor Hugo, esta estrofa lapidaria:

“Cargado de laureles y de años
murió en olor de multitud.”

No era un determinista de la filosofía. La filosofía de Bacon o, viniendo a un plano menor, la filosofía de Ingenieros, para él no era filosofía. Por arriba del industrialismo filosófico, ennoblecía la función de pensar, como que vivía en las regiones del pensamiento puro.

No hubo ruidos a su alrededor. No andaba en busca de éxitos. Deglutió a solas su lote de dolor, sin alarde. La injusticia y la miseria no le arrancaron un grito. El estaba — valía tanto para él una buhardilla que un palacio — en su nivel: vivía en la luz de su propio interior.

Los sitios preferidos por este espíritu impar que fué Benjamin Taborga, eran las bibliotecas, y para amigos quería a los estudiosos y espíritus afines.

La Redacción.

LA VIDA SINTESIS

Pórtico: el ideal de la edad media era la Vida Simple; el ideal del novecientos es la Vida Síntesis. En el castillo novecentista seamos, pues, Caballeros de la Síntesis.

Para Buenaventura Pessolano: Me encantaría saber gramática para tener el gusto de escribir mal conscientemente; pero temo que nunca me podré dar este gusto.

Para Ricardo, nuestro hijo extraviado: La profesión de fe de la "nueva" generación es un hermoso habano, encendido con el modesto fósforo novecentista. Mucho humo. Del fósforo nadie se acuerda.

Casanova cuando jugaba y no tenía suerte decía: *il faut corriger la fortune*, — y jugaba con cartas falsas. Para algunos historiadores argentinos propongo este lema: *il faut corriger l'histoire*.

Leopoldo Lugones: nada ignora — nada sabe.

Roberto Giusti: Apolo sin flechas; *dernier cri* — enmudecido.

Cuenta Angel de Estrada en *Las Tres Gracias*, del descubrimiento de una tumba romana en la que

se halló el cuerpo de una mujer maravillosamente hermosa, que parecía dormida — pero estaba muerta hacía más de mil años. Hoy ha aparecido *Cantos*, de Jorge M. Rohde.

Lema para mi escudo: soy inofensivo!

Para Carlos Octavio Bunge y Horacio G. Piñero, en la Gloria, y para José Ingenieros, en la Tierra: el Positivismo se muere — con la bendición papal!

El *Irredimido* no es una novela, sino un torso de novela, ¿será por eso que no tiene ni pies ni cabeza?

Alejandro Korn: el Deán Funes del Novecentismo.

Quesada-Dellepiane-Del Solar: Triade que *justifica* la existencia de *Nosotros* — y de nosotros.

Para Manuel Gálvez: Cuando los argentinos ya no se acuerden nada de su primer Centenario — ni siquiera quién era entonces Presidente de la República — todavía dirán: fué en la época en que Manuel Gálvez publicó el *Diario de Gabriel Quiroga*.

En lugar de una casa para el Colegio Novecentista, de la cual se ha hablado, deberíamos edificarnos toda una ciudad propia, y pienso que un sitio ade-

Alferrín

cuado serian las márgenes del lago Nahuel Huapi. Al leer la *Oda Primavera*, de Luis Franco, he creído por un instante que también Belén de Catamarca, sería un sitio apropiado.

*

Lo único que sabe hacer Korn Villafañe: Frases...

Lapislázuli.

CeDInCI

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFIA (1)

JOSE INGENIEROS. — *La evolución de las ideas argentinas*, tomo I. *La Revolución*, Bs. Aires, 1918, 1 vol. de 544 págs.

José Ingenieros es uno de nuestros autores más fecundos. No pasa un año sin que nos obsequie con uno o dos gruesos volúmenes sobre las materias más variadas. Hoy es la psicología, mañana la sociología, luego la filosofía y esta vez es la historia la que atrae su pluma. Y todavía encuentra entre escribir y escribir, el rato libre para pronunciar tal o cual discurso maximalista. Si la multiplicad es un carácter del genio, Ingenieros es un genio, no cabe duda. Y como tal, dejando las ingratas investigaciones particulares para los otros de abajo, él, en su órtura, se ocupa del trabajo de generalización, y lo mismo como echara ayer las bases de la filosofía del siglo XXII, realiza hoy la arquitectónica de la historia argentina. Verdad, que a todos nosotros que, modestamente, nos ocupamos de la misma materia, nos ha dejado un poco descorazonados, pues anhelábamos llegar también algún día a arquitecto, y he ahí que nos condena Ingenieros para siempre al oficio humilde del albañil. Lo

(1) — El "Cuaderno" próximo se ocupará especialmente de las siguientes obras: "Derecho Comercial Argentino", de Carlos C. Malagarriga; "La Lampe d'Argile", de Enrique Larreta; "La democracia y la iglesia", del Padre Franceschi; "Diálogos olímpicos" de Carlos Reyes; "El Irredimido", de Adolfo Korn Villafañe; "Síntesis de filosofía del derecho", de Antonio Dellepiani; "Cochea política", de Gervasio Toro.

dijo Goethe alguna vez, que sólo los tunantes son modestos y así Ingenieros tiene razón. ¿Pero no temerá que en estos tiempos del bolshevikismo, nosotros nos rebelamos el día menos pensado contra nuestro destino "albanista" que nos asigna benévolutamente, y echemos abajo toda su arquitectónica con una bomba de dinamita, como "ultima ratio"?

El nuevo libro de Ingenieros, como uno de los tantos que se publican diariamente sobre la historia argentina, no sería malo, admitimos hasta que sería bueno, y tendríamos que aplaudir además la laboriosidad de su autor, condición ésta que anda escasa en nuestro ambiente intelectual. Pero las advertencias del prefacio nos obligan a adoptar otra posición para nuestra crítica.

Lo que se impone a primera vista, al estudiar el nuevo libro, es la pobreza de la bibliografía que ha servido a nuestro autor para fundamentar su arquitectónica. Luego no hay criterio alguno en la selección de las fuentes. Ingenieros ha aprovechado todos los libros que, por casualidad, guardaba en los estantes de su biblioteca, pero no parece haberse ocupado de otra información.

El plan de la obra es bueno; su contenido carece de originalidad, tanto en lo que se refiere a las ideas particulares, como a la "famosa" arquitectónica que ha esbozado ya López, por ejemplo. El estilo de Ingenieros tiene también algo del estilo de López y de los otros historiadores del siglo pasado, como Mitre, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, etc., por lo apasionado y polemista.

Es verdad que Ingenieros mismo previene que "no desea presentarse como imparcial ante lectores que no lo son" (pág. 8), pero no por eso su parcialidad deja de ser menos criticable en un historiador. A través de innumerables contradicciones, que evidencian un trabajo de tijeras mal disimulado, se descubre a cada paso a Inge-

genieros hispanófilo y come-fralles. Los autores arriba citados, cuyos juicios históricos revelan en todas partes su unilateralidad, — bien explicable en ellos, que estaban tan cerca de los hechos que describen, dan a Ingenieros un precioso material para abonar sus tendencias con la opinión de nombres sonoros; pero pasa por alto las ratificaciones que se han hecho y que se hacen a diario a la obra de los historiadores mencionados, rectificaciones que por otro lado no le quitan su mérito que debe valorizarse teniendo en cuenta la época y el ambiente en que escribieron.

La conquista y colonización españolas aparecen así, vistas a través del lente hispanófilo, con los colores más sombríos. Allí resurgen, pues, todos los trillados lugares comunes de "los siniestros Habsburgos", del conquistador fanático, sediento de oro, perezoso y cruel, de la opresión material y espiritual, etc. etc. No le quepa la menor duda, Sr. Ingenieros, "que las Indias españolas tuvieron la más sabia administración política concebible en los siglos XVI y XVII!" No le parece a Vd. ingenuidad hablar en aquellos siglos de "verdadera democracia" y reprochar a los españoles la exclusión del "cuarto estado" del régimen gubernamental? ¿Le puede a Vd. sinceramente llamar la atención que muchísimas veces no se hayan cumplido las sabias leyes de Indias, cuando medite un momento sobre las enormes distancias y la dificultad insuperable de las comunicaciones? ¿En qué sociedad católica de los siglos XVI y XVII, y hasta también XVIII, encuentra Vd. una "instrucción general de las masas"? ¿Le parece a Vd. extraño que solamente en los centros urbanos se pudiesen frecuentar las escuelas, cuando en la campaña existía nada más que indios azotados? ¿Cómo puede decirse que se excluía a los criollos de los puestos administrativos, cuando tenía, para

tomar los ejemplos más célebres, Belgrano el cargo de secretario del Consulado y Moreno el de Relator de la Audiencia, p. ej.?

Es una verdad de perogrullo que "habría error en medir el nivel ético de los pueblos por la simple estadística de sus iglesias, frailes y conventos" (pág. 22), pero es por demás injusto el papel que asigna Vd. al clero dentro de la sociedad colonial e, incidentalmente, tiene que confesarlo Vd. mismo (pág. 34) que los frailes hicieron también otra cosa que aumentar en mancomún con la milicia la creciente progenie de mestizos (pag. 22).

Para su "fe de erratas" queremos señalar a nuestro autor un pequeño detalle todavía: Maciel de quien habla con tanto entusiasmo, cambió de partido al ser nombrado Ceballos virrey, haciéndose "ceballista". Así que mal puede haberse dirigido, alarmado, a Bucarelli (pág. 108). Es hasta uno de los firmantes de la "Representación" a Ceballos, en la cual el Cabildo eclesiástico le pidió "no desista el mando" y recibió por ello una severa amonestación del monarca (véase Carlos Correa Luan, "Don Baltasar de Arandía", págs. 95 y 100). Extraño que a Ingenieros se le haya escapado este detalle, ya que copia de Correa Luna una gran parte del cap. I, par. I-3, y par. II-1.

Sin entrar en otros detalles, diremos que, a nuestro juicio, Ingenieros ha abordado con "La Evolución de las Ideas Argentinas" una tarea que está por encima de sus fuerzas; primeramente porque le falta la suficiente preparación filosófica, hecho demostrado en sus "Proposiciones"; segundo, porque no tiene la vasta erudición histórica que reclama el asunto; y tercero, porque su temperamento no es el requerido para un historiador, faltándole la serenidad de ánimo para apreciar los hechos y los hombres con imparcialidad y con justicia.

Juan Probst.

DELFINA BUNGE DE GALVEZ. — *La nouvelle moisson*. — Un vol. de 176 págs. — Ed. de la C. E. L., Buenos Aires, 1918.

Mon sort fut une longue enfance

Et ma pensée un long amour.

El sutil encanto de estos versos que Marceline Desbordes - Valmore puso en la primera página de "El libro de las madres", flota en "*La nouvelle moisson*", poética cosecha de la señora Delfina Bunge de Gálvez. El amor, armonía de los mundos en el verbo de la mujer de Mantinea, y armonía de los hombres y los cielos en el verbo divino del Evangelio; el amor que revela a los discípulos (S. Juan, 13 - 35), y florece con soplo eterno en el labio de María, palpita en las páginas dulces, niervas, vestidas de primavera y de ternura del libro de versos que hoy comento. Sereno misticismo de quien canta como el pájaro de la estrofa de Hugo, aunque sienta quebrarse la rama que lo sostiene, porque "sabe que tiene alas"; y estas alas ofrecen el misterio "menos tangible" y levantan el espíritu hasta la contemplación de la suprema esencia, donde el autor de la "Imitación" calla porque ni la razón ni la palabra humana pueden revelar tanta hermosura; pero quien nos dice que "L'Amour est le plus beau nom de l'Eternité", por el amor encuentra su lenguaje, y por él "la tierra es un jardín del cielo", y por él el silencio se llena de armonías, pues "Chi può dir com' egli arde, è in picciol fuoco" dice un bellísimo verso de Petrarca y dice la última página de Heine: "Das Schweigen ist der Liebe keusche Blüthe"; y por el amor se comprende el enig-

ma de la vida y de la muerte: "L'Amour comme la Mort peut donner la Sagesse"; y por el amor, en fin, con cuyo nombre Lamartine soñó "embellecer los cielos", en "La nouvelle moisson" se embellece también "la tierra, el alma y el pensamiento..."

En el talento de esta poetisa nos sorprende una sensibilidad admirable que por su pureza trae el símil del rayo de sol que pone, con mágico hechizo, fulgores en el seno de la sombra y pedrerías en el raudal de la fuente; sensibilidad que vibra con las flores campesinas, que llora con el caído y ruega con el que sufre:

Angel viens à moi quand tu chantes,
Et, quand tu pleurs, viens à moi!

podría repetir, como el poeta de Francia, la autora de "Mes Anges Gardiens".

¡Cuánta poesía en las estrofas transparentes; cuánta dulzura en el seno del amor y de la fe; cuánta serenidad en quien sonríe con la sonrisa de las vírgenes de los imagineros trecentistas, y sonreiría siempre aunque lo que "espera nó esperara"; cuánta unción en quien se envuelve en la luz que irradia la tierra prometida; cuánto perfume de campiña y de retablo en los versos limpidos, celestes!

En este jardín delicioso, cuyos lirios y jazmines se confunden con los astros de los cielos, brota con el aliento cálido de los Evangelios la flor que cibe la frente del débil y del poderoso, la flor de la caridad en el consejo y mansedumbre; y una flor aun más bella se ofrece "A mes tout petits...", cuyos pétalos de frescura incomparable guardan el aroma eterno que las brisas de Belén y Nazareth derramaron sobre el mundo:

Que vos regards sur moi s'attardent, mes enfants!
Retenez dans vos yeux les yeux de votre mère,
.....
Retenez dans vos coeurs le coeur de votre mère!

¡Bienvenido sea este libro que en el idioma luminoso de San Francisco de Sales, suelta la purísima fragancia de un corazón ataviado de amor y de ternura!

J. M. R.

LUIS MARIA TORRES. — *Cuestiones de administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1918.

Con este notable trabajo el doctor Luis M. Torres publica el tomo 9.º de la serie de documentos que con arreglo a un plan científico y con gran acierto, publica la sección de historia de la Facultad de Filosofía y Letras, de la cual el mismo doctor Torres es digno director. Nos complacemos con especial satisfacción en dar por ahora la noticia bibliográfica de este estudio sobre la administración edilicia de Buenos Aires, porque es — aunque solo una parte de la inmensa labor realizada — un fiel exponente de los métodos con que trabaja la Sección de Historia; honestidad, erudición y excelente orientación filosófico-histórica. He dicho que nos complacemos en dar por ahora la simple noticia bibliográfica, porque oportunamente nos ocuparemos con toda extensión de la labor total desplegada por la Sección de Historia, de sus propósitos y del plan de publicaciones así como de los infatigables investigadores que la constituyen y que estudiaremos uno por uno.

Adolfo Korn Villafañe.

EDUARDO J. BULLRICH. — Discurso pronunciado en la colación de grados de la facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en representación de los graduados, folleto, Buenos Aires, 1918.

Los discursos de colación de grados tienen siempre la sugestión de transparentar una postura mental colectiva. Opinión personal del autor, cada discurso indica una tendencia fuerte o débil pero siempre viviente y es lo que importa. Quizá el carácter de representante que el orador inviste en esos casos le impulsa a traducir, sobre todo, aquellas de sus ideas que sabe compartidas. Véase si no la recopilación hecha por la Facultad de Derecho de los discursos pronunciados en tales ocasiones por los señores consejeros, — figuras representativas — y no se tome esto como un incondicional juicio admirado sobre lo que representan, ni sobre el acierto de la representación, y a través de ellos véase serpear el hilo flexible de nuestra evolución universitaria herado con desigual acierto y elevación a través de todas las vicisitudes de la altura nacional. El doctor Bullrich es una figura representativa en el núcleo universitario de la generación actual, la orientación que representa es excelente y la representa con talento, con altura, con valor y con virtud. Su discurso pronunciado en la última colación de grados de la Facultad de Derecho lo evidencia así con una enérgica claridad, tan enérgica que de su despedida puede decirse que fué como la de los acorazados, a cañonazos. En él reconoce y proclama la crisis cultural del siglo XIX, la caracteriza fundamentalmente como crisis moral, y como consecuencia señala la actitud de reacción y recogimiento que a nuestra generación corresponde. Enfoca esa ideología a la vida nacional para descalificar el personalismo de los partidos, que destituye de alto sentido y de ideal la

actividad política; anhela la socialización en todos los órdenes frente al individualismo en quiebra; predica la nacionalización, no por vano patriotismo y sí para definir y orientar nuestra posición político-social; habla de la fiebre de legislación reformadora con estas palabras: "Hemos asistido a reformas y renovaciones ficticias con decretos bien intencionados y algunas veces estrictamente cumplidos. Pero no se ha logrado comprender que la renovación y la construcción debía empezar por nosotros mismos; la reforma y la nueva idea no son así, sino una ilusión que pretenden hacernos creer los que quizá no quieren reformarse". Esta sola idea pronunciada ante las autoridades de la Facultad de Derecho vale el discurso.

Y bien, comentando diremos que cuando el doctor Bullrich critica la orientación utilitaria de los proyectos de plan de estudio, donde habla de ciencias sociales hubiéramos querido leer filosofía, el término es más comprensivo, la idea más correcta, y el sentido más hondo; las ciencias sociales son una manera y un aspecto de los problemas filosóficos, sin claras nociones sobre la libertad, el último fin, el valor de la vida, todo problema social es incomprensible o, lo que es muy gravísimo, torcidamente comprendido. Cuando el doctor Bullrich habla de los problemas económicos, lamentamos profundamente que diga "hacer surgir nuestra independencia económica nacional, asentando así las bases de la grandeza futura de la República" la contradicción entre sus declaraciones expresivas y certeras contra la cultura del siglo pasado y este resabio de materialismo histórico, es insalvable e inquietante; congnamos en qué el doctor Bullrich la salvará, sacrificando sencilla y definitivamente uno de los términos. Cuando el doctor

Bullrich comenta la crisis moral y disertaba sobre el poder de exhibición, hubiéramos deseado verle nombrar el cristianismo, porque así como en filosofía, desde Kant nada puede decirse sin partir de él, sea contradiciéndolo sea aceptándolo, así también cuando se habla de moral quien quiera tocar fondo, precisa hacer pie en los Evangelios. El discurso del doctor Bullrich es cristiano, pero no creemos prudente, oportuno, ni necesario entre nosotros, hoy, obrar según el extremo que para excepcionales trances aconsejó un gran Cardenal inglés: predicar cristianismo sin Cristo.

Para concluir, — permótenos el doctor Bullrich — un último comentario. Se dice de los estudios realizados con gran amor que desentrañan el alma de las cosas, cuando lo que sucede en realidad es que a las cosas estudiadas les damos algo de nuestra alma, por eso pocos hombres viven con gran amor porque son pocos los que tienen el alma tan múltiplemente facetada que a todas las cosas y desde todos los extremos las ilumina con un reflejo suyo, y sin embargo, ¡acrece tanto el valor de la vida la perspectiva que da una sensibilidad emocionada! si un obrero realizara su trabajo con emoción cordial, sería un artista. El doctor Bullrich ha olvidado que hasta la lectura de un decreto del poder ejecutivo es fuente de emoción, la emoción angustiosa de su pequeñez, por ejemplo; por eso lamentamos muy de veras que el autor haya desatendido la nota afectiva en un discurso que protesta, precisamente, contra la crisis de la cordialidad, que cegó la fuente infinita de todas las emociones que dan color de arte y luz moral a la humana actividad: el amor.

De todos modos las autoridades de la Facultad de Derecho han escuchado, ratificadas por el aplauso, ver-

dades muy graves y anhelos muy honrosos, expresados unas y otros con un sereno valor, lleno de confianza y de fe, y ese es el éxito eminente del discurso que puede recoger íntegro para sí el doctor Bullrich.

T. D. Casares.

HECTOR R. BAUDON. — Echeverría-Mármol. Buenos Aires, 1918.

En ciento veinte páginas de fatigosa lectura, don Héctor R. Baudón ha publicado dos ingenuas monografías escolares sobre Echeverría y Mármol, con sendas dedicatorias y un prólogo común de insoportable literatura.

De entre los malos libros que a diario publican nuestras casas editoras, el del señor Baudón es, sin duda, de los peores, por el estilo campanudo y empalagoso que le caracteriza, por la escasa información literaria que revela y la pobreza ideológica de su concepción.

Estos abogados que lo mismo escriben sobre la "Política positiva" que sobre el "Cobro de honorarios médicos, "deben advertirse de que la literatura es materia respetable en la que se puede ser "dilettante" con provecho propio y aplauso de los demás, pero en la que no se puede invocar ese "dilettantismo" para ocupar un sitio en los escaparates y hablar de cosas que no se conocen.

Una historia literaria — aun dentro de las modestas márgenes de la biografía — no se hace amontonando epítetos sobre los hombres y las cosas que se estudian, como parece haberlo entendido el señor Ban-

dón, Una historia literaria, sobre todo en nuestro país donde hay tanta materia virgen — es trabajo de meditación, de documentos, de interpretación, que entre sus cualidades primordiales debe revelar un gran conocimiento de la materia que se aborda y un no menos grande espíritu crítico.

El subjetivismo está desacreditado en la crítica, aún el alto subjetivismo de un Anatole France o de un Julio Lemaitre y sólo los ingenuos creen todavía que se escribe un trabajo serio, digno de la prensa, cuando en frente de libros y poetas se pueden tejer unas cuantas frases, en este caso, por de más aburridas y melindrosas.

Con el subjetivismo se escriben versos, se hacen cuentos y hasta novelas, hermosas novelas como las del Sr. López de Haro, v. gr., pero no se expone la obra literaria de un Mármol o de un Echeverría, porque al público no le importa saber las noherías sentimentales que tal estrofa de "La Cautiva" inspiró al Sr. Baudón ni como el Sr. Baudón parafrasea el argumento de "La Guitarra", sino que busca los elementos objetivos, determinantes de esa emoción que producen o no producen los mentados poemas.

Crítica objetiva es, pues, lo que está obligado hacer quien expone en materia histórico-literaria. Ilustrar nos sobre el valor de un libro o un poeta, no con un aluvión de adjetivos que se baraja con puerilidad y se tarja siempre en lo de sublime, genial y hasta *divinal*, como dice el Sr. Baudón, sino estableciendo y explicando lo que se ha llamado la "idea creadora" de un poeta, su valor representativo, lo que debe a su medio y a su tiempo, a los libros que estudió, a las creencias que

tuvo, a sus pasiones, a sus amores y sus odios, y lo que en él hay de "personalidad".

Y así no ha de escribir el Sr. Baudón, por ahora, porque ello implica una gran ilustración en literatura universal, que el autor de las monografías no tiene, y una orientación estética que no se improvisa con buena voluntad, solamente. Júzguese esa ilustración por lo que dice de la "Amalia" de Mármol: "... sólo encuentra **simil en Pablo y Virginia de Bernardino Saint - Pierre o en "María"**, (pág. 128), o por la comparación que hace entre las bravuconadas de D. José y el grito airado de los viejos profetas bíblicos, que no han alcanzado, agrega en su jerga, a tanta majestad y se verá lo que da en literatura este Sr. Baudón.

Para que no le faltara la alusión latina, compara también a Mármol con Juvenal, que **agitaba el látigo** y como si no fuera suficiente sarcasmo el paralelo, deja establecido, **autoricítate propia** la superioridad del primero. Este Sr. Baudón que compara un satírico, y por ende moralizador, de la baja latinidad con un poeta civil americano, revela, simplemente, que no conoce de Juvenal ni el **mens sana in corpore sano**, tan citado en estos últimos tiempos.

Pero no ha de parar ahí su patriotismo; Mármol, es más, tanto más, que después de él "en América, Víctor Hugo, ha lanzado en Europa apóstrofes **parecidos**; pero antes que él en vano sería escuchar el eco de las **cóleras antiguas**".

Así, ni más ni menos:

Júzguese también la ilustración en materia estética, de un señor que ha tomado el vocablo **eclecticismo** como sinónimo de **clasicismo**, es decir, del pseudoclasicismo colonial del siglo XVIII, y verán los lectores que no exageramos al declarar que el Sr. Baudón no puede,

por ahora, escribir "historias literarias" y que su crítica subjetiva es cosa que debe interesarnos muy poco.

Lo peor es que el Sr. Baudón tampoco podrá dedicar su subjetivismo a escribir *nouvelles*, porque escribe muy mal, tan mal que no tiene su libro un sólo párrafo en que la gramática (sintaxis, ortografía, etc.) y el sentido común, se salven, decorosamente, y la *nouvelle*, donde el subjetivismo tiene tanto campo, es, según Maupassant, un cuento breve, interesante, de realismo sentimental, *très bien écrit*.

Para escribir *luminosamente*, a la manera de Vargas Vila, como se propone el Sr. Baudón, se necesitan tres cosas, que el popular "autor de los maestros normales" tiene, sin duda, primero, talento, segundo, imaginación y tercero: un gran conocimiento del idioma, mucha exactitud en los vocablos y cierta intuición para amontonarlos, que de lo contrario resultan los *zoolimafías* y *disparates*, las *opuestas armonías*, las *emociones que se yerguen en las poesías espirituales en extremo*, impregnadas por lo divino, delante de la perspectiva luminosa de penetrar, en una literatura monótona, clasicista, impregnada plenamente del Renacimiento español (sic) de que nos habla con el mayor desparpajo, este Sr. Baudón.

El Renacimiento español ha producido una literatura tan grande, que si alguna en América se hubiera impregnado plenamente de ella, en vez del sublime Marmol, entre nosotros, tendríamos un modesto Herrera y en vez de las encarameladas estrofas de Echeverría, que el Sr. Baudón compara hasta con los versos de Byron y Heine, tendríamos, los argentinos, algún rabel humilde que hablara del amor y de la naturaleza, en la límpida lengua de Garcilaso; y por último, sepa el Sr. Baudón que si él hubiera leído la milésima parte de las

obras con las cuales aquellos hombres hicieron el Renacimiento español, él no escribiría sandeces en castellano escolar, ni nosotros hubiéramos sentido el apremio de decirle estas verdades.

En esta época, en que la literatura argentina es materia de estudios en la Universidad de Buenos Aires, que hombres de la talla de Ricardo Rojas escriben volúmenes que honran la bibliografía nacional y estudiosos como Leguizamón y Giménez Pastor le dedican sus vidas laboriosas, debe tenerse reparos en garabatear cuartillas sobre asuntos, que si los Menéndez y Peláyo y los Gutiérrez Ilustres no agotaron, es porque querían dejar a sus discípulos y continuadores la impropia y gloriosa tarea.

Bien venidos sean los voluntarios que ofrecen a la literatura argentina sus desvelos, pero reparen, si llegan de buena fe, que el camino para todos, el único camino que existe, tiene sobre el arco de entrada, a la manera de los viejos templos helénicos del Asia, una biblioteca abarrotada de libros, como si quisiera enseñar, con su muda presencia, a los postulantes, que la condición de acceso es la que olvidó el Sr. Baudón: estudiar.

B. Ventura Pessolano.

ROMULO D. CARBIA. — Origen y Patria de Cristóbal Colón. — Crítica de sus fuentes históricas. — Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones de la Sección de Historia. Número V, Buenos Aires, 1915, 56 págs. y XIV ilustraciones.

Haec poco conmovió al mundo científico de Chile una vubementísima polémica sobre el tema colombino, cuyos protagonistas principales fueron los señores Marqués de

Dos Fuentes y Enrique Sanfuentes y Correa. Los ánimos se calentaron de tal manera, entre réplicas y contraréplicas, que se llegó hasta el duelo para dirimir la cuestión sobre la patria del Almirante.

Quizás ha sido esta polémica la que ha inducido al Dr. Carbia a abordar el asunto del folleto que nos ocupa, en el cual plantea en términos de absoluta claridad el problema cuya solución no pretende dar en su trabajo que "es fundamentalmente de crítica, y sólo aspira a depurar las conclusiones a que ha llegado la investigación histórica." (pág. 6)

Dice en la pág. 8: "El estado actual de la cuestión histórica vinculada a la determinación de la nacionalidad del descubridor del Nuevo Mundo, debe plantearse en los términos siguientes: según el contenido de la tradición y según todos los documentos reunidos en la "Raccolta" y aprovechados por Vignaud, Cristóbal Colón habría nacido en Italia, y según las observaciones críticas y los documentos compilados por García de la Riega, su origen sería español y la tierra de su nacimiento Galicia."

Analiza luego minuciosamente los alegatos italiano y español haciendo gala de sus sólidos conocimientos paleográficos, ciencia en la cual, como es notorio, el Dr. Carbia es una autoridad.

Este análisis crítico de las fuentes, documentales y eruditas en que descansa actualmente el problema en cuestión, lo lleva a las siguientes conclusiones:

a) — Generales.

1º. Con los elementos de información que actualmente poseemos, no es posible admitir, de manera definitiva y categórica, que Cristóbal Colón nació en Italia. Todo lo que se sabe cierto, a este respecto, deriva de la pro-

pia declaración del interesado, y de algunas informaciones de los historiadores sincrónicos al Descubrimiento.

2º. La "Raccolta", no inserta ningún documento que pruebe el origen itálico del descubridor o que aclare el enigma de su niñez. En consecuencia, actualmente, no se sabe nada concreto en lo que a esto se refiere.

3º. La hipótesis del nacimiento de Colón en España, que se dice fundada en documentos, carece de seriedad: a) porque los documentos a que se alude son apócrifos — con excepción de uno que no tiene valor probatorio; — b) porque se apoya en supuestos equivocados; y c) porque sus sostenedores no han demostrado mayor ponderancia crítica.

4º. En términos generales, todo lo relativo al origen y a la patria de Colón, se encuentra actualmente en el mismo estado en que lo dejó Humboldt, en el primer tercio del siglo XIX.

b) — Particulares.

1º. La "Raccolta" atribuye a Doménico Colombo, padre de Cristóbal, muchos documentos que, bien estudiados, resultan ajenos a su persona.

2º. La fecha del nacimiento de Colón debe considerarse bien fijada en 1451, como lo ha dicho Vignaud.

3º. Colón no dominó el idioma castellano y los escritos que pasan por suyos resultan, en su actual forma literaria, obra de sus secretarios y amanuenses.

4º. Los únicos autógrafos indubitables de Colón, son las notas marginales a algunos libros que le pertenecieron, las cuales revelan que ni conocía a fondo el léxico castellano, ni le era familiar la gramática del mismo.

Con estas conclusiones a la vista, no puede dudarse ya de que el enigma del origen de Colón subsiste toda-

vía, a pesar de toda la variada y numerosa bibliografía que el tema ha provocado." (págs. 49-50)

Este trabajo que se caracteriza por su imparcialidad y seriedad irreprochables le ha valido al Dr. Carbia y sin embargo, un ataque del "famoso" Sr. Emilio Zuccarini que acostumbra derramar su billy — con absoluto desconocimiento de causa — sobre los más variados asuntos, ya sea el "Novecentismo" o la "Patria de Colón", u otro tema cualquiera. Lo grave aquí es que el diario — "La Patria degli Italiani" — que había dado albergue en sus columnas a la réplica del Dr. Carbia y a la contraréplica de su contendiente, no publicó, a pesar de haberlo prometido su director, la última réplica del Dr. Carbia, seguramente por considerarla inoportuna a su colaborador, cuya monumental ignorancia y evidente mala fe quedaban en ella demasiado al descubierto.

No quisiéramos concluir esta nota sin transcribir una frase del Dr. Carbia que se refiere a la polémica chilena y que sería bueno tengan en cuenta muchos de nuestros historiadores o que se precian de tales:

"Sólo es de lamentar, después de todo, que en muchas de las incidencias de ese verdadero torneo de porrazos, haya asomado la cabeza la hidra de la hispanofobia, que debe ser hoy, para los escritores americanos que se aprecian, algo tan anacrónico como un monstruo de la era mesozoica." (pág. 5)

J. P.

ARTURO S. MOM. — *El cristal de mi Alma.* — Un vol. de 148 págs. — Buenos Aires, 1918.

El autor ha reunido sus poesías, algunas de ellas ya conocidas, en un elegante volumen recientemente apa-

recido, intitulado "El cristal de mi alma". A través de sus páginas se trasluce un alma juvenil y serena, plena de sincera emoción, y, se deja entrever el poeta fino y observador, anhelante de amor, de belleza y de ritmo.

En los asuntos familiares, sugestivos y amables, logra el poeta mostrarnos la limpidez de su alma sincera y desborda emoción al cantar la gracia austera de la nevada cabeza maternal, el dulce mirar de la amada, sus manos blancas.

Pero a veces, cuando abandona las aguas tranquilas del hogar y penetra en las revueltas de las pasiones, cuando vacila su ánimo ante el realismo de los bajos fondos incurre en notas de mal gusto como en "Cabaret", estrofas desconcertantes que desasosiegan el espíritu, henchido de íntima unción por la lectura de otras composiciones del libro.

Debe el autor para conservar su nota personal, tomar por único consejero a su corazón, y abandonar los temas áridos que traen tristezas al alma y pesimismo a la mente.

Luis Aznar.

Revista del Ateneo Hispano-Americano. — Buenos Aires. — 1918.

Esta publicación de un instituto que realiza entre nosotros una noble labor de cultura, exterioriza elocuentemente el vínculo que nos une a España; sustentado en el espíritu y expresado en el romance que de Castilla pasó a un nuevo mundo, desparramándose como simiente y fructificando luego en dieciocho repúblicas que son hermanas por el común origen de su madre y de su suelo. Esta publicación, ha poco salida de nuestras prensas,

conquista al lector por el material de lectura que le ofrece y por el ideal altísimo que persigue.

VERBUM — Buenos Aires — 1918.

En nuestra ciudad de enjundia mercantiva y del vivir cotidiano en pos de prosaicos menesteres, existe una facultad de filosofía y letras, rincón ignorado para muchos y misterioso santuario de disciplinas raras y medio-evaes para los pocos que conocen su existencia, aunque se encuentre entre su número más de un estudiante de derecho y ciencias sociales. Un profesor de talento sutil e intencionado decía, no ha mucho, que se desdénaba o despreciaba dicha facultad porque en el fondo se comprendía "que era la más inteligente"; sin detenernos en el motivo de esa indiferencia nacional por el único instituto que podría levantar nuestra cultura incipiente, hacia las culturas universales que dieron y dan pauta a esa porción de humanidad que no se contenta con el pan de cada día, — detengámonos en la labor de los estudiantes que "estudian", como se precisaba en las academias griegas, y exteriorizan sus afanes intelectuales en la revista "Verbum", del "Centro de filosofía y letras", actualmente dirigida por nuestro compañero en el "Colegio Novecentista" el Dr. Juan Probst; seis gruesos números se han publicado en el año que termina, donde la disciplina filosófica se hermana, unión fecunda, con la literaria e histórica; dando así, a dichas ciencias, el significado que tuvieron en los áureos tiempos del Pórtico y de la Academia atenienses. No está demás decir que "Verbum" también alcanza actualmente, con la dirección del Dr. Probst, su tiempo áureo, que pone entre nuestras revistas universitarias su nota de puro amor intelectual para los que tienen "entendimiento de hermosura".

HEBE — Buenos Aires — 1918.

Un aplauso sincero consagramos a la revista "Hebe", cuyos directores los señores Ernesto Morales y D. Novillo Quiroga, realizan obra de verdadera cultura, no tanto por la originalidad "inédita" de los trabajos ofrecidos como por la selección de los mismos, pues cuanto de noble y hermoso produjo el pensamiento universal en los últimos tiempos, encuentra en las páginas pródigas de dicha revista fraterna acogida; de modo que se disfruta de un verdadero solaz intelectual con los artículos, fruto del espíritu ruso, inglés, francés o hispano, que la dirección de "Hebe", con su correspondiente comentario crítico, transcribe.

REVISTA NACIONAL — Buenos Aires — 1918.

Esta publicación, dirigida por los jóvenes Mario Jurado y Julio Irazusta, ofrece la inquietud de la nueva generación que siente, como en el verso de Gautier, la púrpura que desborda por sus venas; inquietud que a veces se traduce en el arrebato iconoclasta; disculpable por lo sincero y admirable por lo violento. Mucho de bueno cabe esperar de este grupo de jóvenes universitarios no satisfechos con su universidad ni con su medio, y que levanta su bandera con el gesto de quien se siente dueño del porvenir por su juventud y sus ideales.

PEGASO — Montevideo — 1918.

No ha mucho salió de las prensas orientales una revista de arte y letras, simpática por el numen alado que la protege y por el espíritu desinteresado que la anima, pero a la cual corresponde enderezarle ciertos reparos de origen puramente estético; pensamos que si esa publicación refleja el momento literario que alcanza su pueblo,

debemos dolernos del estado intelectual del mismo, y exclamar con un español ilustre: "Torne el radiante sol del Renacimiento a iluminarnos..", para que se disipen tantas nieblas envolventes, pero que si pretende, como cabe suponerlo, iniciar una obra de revisión de valores intelectuales y de imponer a la vez otros nuevos, la ruta de su córcel helénico está equivocada; pues cuanto de mediocre y de rampión produjo una escuela funesta, como suena, para las letras, nos referimos a la "simbolista", encuentra en ella troveros entusiastas, quienes sacrifican versos evanescentes, con rima y sin ritmo, a los manes de Verlaine o de algún otro poeta del año 85; y como cabe esperar mucho de bueno de una revista compuesta por hombres jóvenes de un país, como es el Uruguay, de mentalidades vigorosas, nos atrevemos sin más autoridad que nuestro amor por lo que significa arte, a dirigir estos reparos a "Pegaso".

J. M. R.

NOTAS

Notas

EDMUNDO ROSTAND

*Seul et dernier anneau de deux chaînes brisées,
Je reste. Et je soutiens encore dans les hauteurs,
Parmi les mitres purs de nos savants musées,
«L'idéal», du poète et des graves penseurs.*

El poeta de "Cyrano", que puso tan alto su quimera, en un panteón donde todos los dioses y todas las creencias se reconcilian, al decir de Renán, pudo repetir estos versos del poeta de "Los Destinos"; de seguro que la lira magnífica de Hugo le acompaña, despertando en las cuerdas los ciclos bárbaros de la canción de gesta, y que el gallo de los poemas de "Renart", el "Chantecler" tridentista, saluda en él, con su himno matutino, el ocaso de una existencia humana, amanecida en el mundo de la gloria; y de seguro que a la voz de "Hernani" y del ave simbólica de Francia se une el murmurio delicioso, fresco como una fontana, de la "Rosette", de "On ne badine pas avec l'amour".

Con la voz de Corneille, de Hugo y de Musset es menester reverenciar al poeta que se alzó hasta las cumbres nevadas de los Pirineos, escuchó la querrela del Rolando de Vigny, gustó la brisa cargada con perfumes agrestes y con balidos de las cabras que triscan en las faldas montañosas, y al extender su mirada sobre la "dulce Francia", enamoróse del verbo pintoresco de Mathurin Régnier y el aroma cortesano del siglo XVIII, y al dominar a su siniestra el solar de la férrea España, recordóse del alma del Cid, y, como en la epopeya, acaso repitió, antes de entregarse a la espiritual faena:

Dios que nos dió las almas, consejo nos dará.

Solemnes concilios medioevales discutieron, con la autoridad de los padres de la Iglesia, el alma de la mujer; por pocos votos se le reconoció, en difícil controversia, a la hembra amarga del Ecclesiastés el imperio de un espíritu regente de sus actos y pasiones. En épocas contemporáneas sesudos filósofos se detuvieron en el mismo problema de los tiempos medios y, con datos "experienciales", negaron terminantemente en las dos especies — lo que era aún más grave — el predominio de un alma que crea y siente y perdura en una existencia metafísica. El laboratorio no hacía distinción entre el hombre, "animal razonable" según Aristóteles, y el simple protozoario dominado por el ambiente, o la planta que requiere fertilidad terrena para medrar y dar flores o frutos.

A felices conclusiones se llegó con la trinidad de la raza, del medio y del momento; felices, digo, en tanto que se hacía caso omiso del talento individualizado, que vemos no era — como en la letrilla de Palma — la parte principal del asunto. La Francia decadente de la última mitad del siglo ofrecía en su ciencia y en su arte un campo de estudio para el biólogo-sociólogo de tal enjundia: era un organismo dominado por la podredumbre, que no logró sacudirlo la avalancha de esas bárbaros de ojos azules, "bárbaros... pero sabios", como dijo virilmente Renan; el progreso "decadente" se hacía sentir en los discípulos exquisitos de Verlaine, gustadores de la poesía del maestro; peligrosa como el ajeno y siniestra como el delito, magüer sus ropajes, por veces, de místicas alburas. La sátira social, el triste género que cunde como la cizaña en todas las literaturas enfermas, hizo presa del teatro, que pretendía reflejar las costumbres y acaso, como en el viejo aforismo, corregirlas con la risa. Por la cultura reinante podíanse deducir las tres fuerzas deterministas

del método de Taine: el talento superior faltaba. Pero he aquí que en medio de aquel caos de pasiones bastardas se escucha una voz que habla del ideal, con el auspicio de la raza y del amor, que pone poética grandeza en el renunciamiento y profunda altivez en las cordiales efusiones; la voz más noble que se ha escuchado en la escena francesa desde hace 50 años, Faguet decía; la voz de "Cyrano" que resonó en España como en tierra propia, se adueña de todos los corazones y es símbolo de unión entre los dos pueblos. ¡Bien estaba, como cantó Darío, en el solar de los Gonzalo de Córdoba, de los Pachecos y Guzmanes, en el solar hidalgo del conde de Benavente o en el plebeyo de don Pedro Crespo; quienes se hermanan por el honor, "que es patrimonio del alma", y por el arte —, bien estaba la figura del noble de Gasconía en la tierra del inmortal Manchego, también el de "la triste figura"! ¡Bien estaba en la casa de Lope y Calderón ese hijo de Corneille, quien puede añadir al bronce preclaro de su voz el puro metal de estos alejandrinos de Vigny:

*J'ai mis sur le cimier doré du gentilhomme.
Une plume de fer qui n'est pas sans beauté.*

Contemplemos al poeta de "Les Musardises", luminoso como una mañana de noviembre, y al comediógrafo de "Les Romanesques" y de "La Princesse lointaine"; hermosa pieza que perdurará en la escena por su hondo idealismo, que se perfuma con la gaya ciencia de los trovadores de Provenza, de la "langue d'oc"; por su concepto del amor, vertido en versos que parecen hechos con rayos vagarosos de luna:

Où, tous les grands amoureux travaillent pour le ciel,
por la quimera azul que el protagonista persigue en la princesa lejana de sus sueños; en fin, por tantas bellezas

que resisten, a mi entender, el recio ademán de Tolstoy, cuando en uno de sus arranques iconoclastas, el gran ruso critica dicha obra. Luego "La Samaritaine", que no triunfa porque el misterio de la fe que evoca es demasiado profundo para ser llevado al tinglado de la farsa; recuérdese, con tal efecto, que el genio inmenso de Schiller tampoco luce con la figura de Juana de Arco, no obstante la lluvia de luz que el poeta derrama sobre ella, pues la poesía legendaria prevalece en tales casos sobre la realidad o la ficción moderna, llegando a ser, como decía el viejo Aristóteles, "más verdadera que la historia"; ¡cuán difícil será entonces infundirle artística vida, como lo pretendiera Rostand, al hijo del humilde carpintero de Nazareth! Luego el mentado "Cyrano de Bergerac", que recorre en triunfo la escena francesa, como antaño el "Cid" de Corneille, y el "Hernani" de Hugo, y señorea, por sus románticos fueros, en el mundo entero; más tarde "L'Aiglon", el drama épico de Francia, que se renueva bajo el cielo nebuloso de Austria, en los jardines principescos de Schoenbrunn. ¡Cuántos versos áureos de Rostand recordé en las alamedas del palacio de los Habsburgo; cuántas reminiscencias me despertó la lira de las Galias junto a las fuentes quejumbrosas y los cipreses taciturnos; cuántas veces, hollando esas calles extranjeras, me llené con el alma de Beethoven, el músico errante, con la voz divina de Garcilaso, que me hablaba en las ondas del Danubio que discurre por "fierras naciones" del lejano solar materno, y con la sombra del duque de Reichstadt, sacrificada, por el genio del poeta, a los manes iracundos del gran Corso en el campo palpitante de Wagram, engrasado de humana sangre; cuántas íntimas emociones debí al dramaturgo que la Francia hoy llora en mis crepúsculos de Viena!

El genio de Rostand penetra en la raza y desentraña, con la pristina savia, ricos elementos para su creación fantástica, risueña, y al mismo tiempo, dolorosa y profunda; me refiero a "Chantecler". Obra ésta para ser leída y meditada, pues encierra en su zoológica gracia una honda filosofía, ataviada con el velo hermosísimo del verso; ya sonoro como un manantial, ya dulce y sereno como un claro de luna.

El gran poeta que acaba de hundirse en la muerte era para mí la voz más pura de la Francia de los modernos tiempos; reaccionó contra su medio:

Chanter, c'est ma façon de combattre et de croire;

y con su canto despejó las fatídicas sombras de una literatura hervante y enigmática, cuyos corifeos tuvieron desgraciadamente, y aun tienen, influencia en estas tierras colombinas de selvas vírgenes, ríos profundos y montañas ingentes; en estas tierras cuya voz espiritual — que es la del poeta — busca el cisne de Samain, el gato de Baudelaire y las nieblas de Rodenbach, y en lo "índeciso", en lo "gris" cree descubrir mundos, cuando sólo se sufre la obsesión enfermiza de un licor exquisito, escanado en informes vasos de arcilla dúctil. Sería el caso de exclamar, como Goethe bajo el cielo esplendoroso de Italia, ¡lejos las brumas románticas del Norte!, desgraciadamente estas brumas nosotros las buscamos y a veces con perverso artificio las imaginamos. Rostand se encendió con el sol de los Pirineos, adoró en "Le Contrebandier" la sombra ilustre del héroe cervantino, probó la leche de la vaca montañesa y la miel de la colmena casera, tal en una égloga virgilliana, y en los crepúsculos podía contemplar como el Mantuano en la traducción inolvidable de nuestro Fr. Luis:

Y ya las sombras caen de las montañas
Mas larga, y convidan al sosiego,
Y ya de las aldeas y cabañas
Despide por los techos blando el fuego.

Y por todo ello su arte poético fué clásico en la claridad del verso rotundo y en la concepción de la naturaleza y de la vida, y romántico en el sentimiento hondo y delicado; henchido de fragancias y matices.

A sus grandes cualidades de poeta y dramaturgo, la crítica imparcial tiene que hacerle ciertos reparos, v. gr.: en la verbosidad, a veces de torrente, de su período; en la extensión desmedida de sus dramas y comedias, cuyo pensamiento y acción quedan diluidos en un vocabulario realmente "huguesco", y en algunos desmayos técnicos en lo que respecta a la argumentación de sus obras teatrales, pues, en mi sentir, las virtudes del poeta y del artista son mayores que las del dramaturgo; pero, al lado de estas manchas que en el presente caso son de sol, cuánta belleza, cuánta cristalina poesía.

La Musa de Rostand hace años que no soltaba el verbo de oro, confortante de amor y de hermosura; acaso su poeta, que dicen sufría cordiales desgarramientos, ocultase el dolor como "El Lobo" estoico, de Vigny, y en el silencio encontrase la grandeza que halló el numen de "Eva" y de "Dalila". En fin, si a su corazón bajó la sombra, su entusiasmo de artista estuvo siempre iluminado, pues quien cantó la luz en el himno magnífico de "Chantecler":

Je pense à la lumière et non pas à la gloire,

debió sentir como Goethe, aun en el postrer trance, el despertar radioso de una aurora: la luz trocada en gloria.

Jorge M. Rohde.

PEDRO MARIO DELHEVE

Pedro Mario Delheve fué un cantador hilo de agua, que recibiera su claro caudal de aquel hontanar apacible que se llamara Simbolismo. Y como hijo selecto que fuera de la más pura y excelsa expresión representativa de aquella escuela idealista, aprisionó en el esbelto vaso de su verso, la serenidad de la onda musical y la imprecisión vaporosa que sugiere la armonía del color o el encanto de la emoción presentida.

Espíritu contemplativo y hondamente sereno como el taciturno ámbito crepuscular, desdeñó el burdo halago de la vida, que para el talento refinado, ni siquiera sabe ocultar su sordidez con el mentiroso encanto de la sirena.

Reconcentrado en la calma de su templo interior, escuchaba la dulce voz del melancólico Kedenbach, que, impregnado de blando misticismo, le hablaba de las "viejas ciudades dormidas" y del amor a las cosas humildes; se sumergía en hondos abismos de serenidad al amparo de la temblorosa palabra de Maeterlinck, "poeta de lo invisible", suave y profundo como un gran silencio; o bien se regocijaba ante el verso encantador y fresco de Albert Samain. Y así su canto era unas veces claramente sonoro y otras esfumado en la niebla gris de esa tristeza callada y bondadosa, que parece se desvaneciera en la música serena de la palabra melancólica.

Corazón idealista y cristiano, unió a la transparente y sonriente concepción de la vida, un amor fraternal y puro para con todas las cosas. Desinteresado y noble, pudo muy bien exclamar con la "divinal figura" que tan nítidamente perfilara Eugenio D'Ors: "... más que en toda la bárbara ciencia que habéis aprendido, hay verdad y sabiduría en una sonrisa de Sócrates o en una voladora y cantadora metáfora de Platón el divino." Pero

fué más tímido y sólo se atrevió a murmurar humildemente:

"Más vale una palabra dicha a tiempo que todo un abstruso tratado de honda filosofía."

* * *

Decía M. Joubert que el buen gusto en literatura es una facultad muy lenta, y que no alcanza hasta muy tarde el último grado de su madurez.

El poeta de "La Vida Interior", aunque joven, había andado mucho ya por ese camino, y solía abreviar su sed espiritual en los "eternos manantiales". Quebraba así, acaso por condición prematuramente adquirida, la aseración del anterior aforismo.

Por eso es que su libro, a pesar de ser primero y único, (1) fuera también, "casi definitivo". A más de ser delicadamente sustancioso, resalta en pulcritud y transparencia de la forma, la esbeltez en el ritmo y la armoniosa y delicada espontaneidad en la rima.

La honestidad aristocrática de su espíritu lo impelía a pulir pacientemente cada verso, como quien labra una primorosa joya, hasta darle el matiz entrevisto, la forma perfecta que aprisionara íntegramente la magnífica concepción del instante. Si alguna vez no lo consiguió pudo consolarse recordando aquellas palabras de Horacio: "No siempre da la cuerda armoniosa el sonido que le piden la mano y el pensamiento del tañedor." Pero nunca dejó volar de sus manos una página sin que antes, por medio de esa labor proficua, le hubiera dado la luminosa diaphanidad del cristal. Noble labor, ésta que ejecuta la frente inclinada y pensativa, ante la fra-

(1) Los amigos de La Plata reunirán próximamente en un volumen sus poesías inéditas.

se, unas veces dócil y otras rebeide a la ferviente inspiración del artista. En ella se aguilata la mente, como la mano laboriosa cuando la encallece la manera; porque "la lucha del estilo, al decir del alto y amado espíritu cisplatino, no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta pensosamente en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma."

Ese gusto refinado, revelábase también en la elección del motivo. Casi todas las composiciones de su libro están impregnadas de una suave fragancia cristiana. La tranquilidad doméstica le inspira las palabras más dulces: las manos siempre suaves y cariñosas de la madre, la voz alegre de la hermana buena que riega las rosas con el agua sedante, el silencio de la fuente quebrada y lírica, las rosas blancas y húmedas que perfuman como la amada ausente, las hormigas hacendosas, hermanas que fueron de San Francisco de Asís, la lámpara callada, . . . y el caminar de las horas a través de la clara senda del corazón. Todas estas cosas sencillas y tiernas, él supo decir las también, sencillamente, tiernamente, tal como surgen de un bello espíritu que rima sin esfuerzo su íntima emoción: así la fuente que canta o la flor que exhala su fragancia.

* * *

Dijo también "sus filosofías" en algunas composiciones breves. En leyéndolas, Xenius le hubiera bautizado novecentista en nombre de Teresa.

Gusta cultivar las rosas fragantes de la alegría, busca la palabra franca, simple y hermosa que sea como un bezo de paz para el hermano. Kempis le ha dicho: Todas las cosas pasan y tú también con ellas; sabe que un día al apagarse la lámpara encendida de la verdad, quedará el hondo misterio; pero no olvida que su alma re-

ligiosa, un día se hallará bajo el pórtico del templo del Señor, porque a Él pertenece su verdadero amor.

Dice su verso:

Epicuro me ha dado la ciencia de la vida,
pero la lamparita de Platón encendida
permanece en el centro de mi estancia interior.

En otros tiempos habría sido este joven poeta, un dilecto de la *Academia*, donde, según refiere Atenco, no eran sólo altas lecciones de idealismo lo que allí se daba... Pero, sobre todo, — él mismo lo dice — como un ala protectora conduciéndolo a través de los espacios, como una luz tutelar alumbrándole los caminos, lamparita en el centro de su alma: la belleza y el amor.

Y para hacer más armoniosa la bella serenidad de su senda, al tiempo que iba deshojando rimas, sus labios murmuraban tiernamente: "Para tí ¡oh rosa mística! bella y pura como Monna Bice, en una estampa de Dante Gabriel Rossetti."

Háctor Ripa Alberdi.

Discursos de Adolfo Korn Villafañe, Tomás D. Casares y Jorge M. Rohde.

El 22 de octubre último realizóse en el Club del Progreso una comida en homenaje de Tomás D. Casares, con motivo de la terminación de sus estudios universitarios en nuestra Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Ofreció la demostración en nombre del Colegio Novecentista, Korn Villafañe. He aquí los discursos pronunciados:

De Adolfo Korn Villafañe

Señores:

En el jardín de Grecia hay muchas flores; desde la blanca de sus estatuas límpidas, desde la roja de sus poemas anacreónticos, hasta la púrpura de sus leyendas y mitologías. Pero Tomás Casares supo encontrar en el jardín de Grecia la flor más apreciada, la rosa de oro de la filosofía.

No necesita, pues, elevarse al Señor en mística angustia, como el pájaro que vuela hacia el sol — y no lo alcanza — y sólo puede cantar; o como el jazmín que trepa por el frío muro para llegar a los astros — pero no llega — y sólo puede florecer; porque con esta rosa de oro que en sus manos tiene fulgores de cristiana luz, naciendo en razonamientos lógicos, firmes como pedales de mármol, y sin esfuerzo llega hasta Dios mismo, como quien sube por una escalera.

Quiero decirlo que en su tesis festejan un nuevo triunfo del racionalismo y la religión. Hermoso trabajo por cierto, que llamó la atención de la mesa examinadora y fué recomendado, como lo merecía, para el premio de la Facultad. En ella se une a la pureza de los conocimientos un criterio de apreciación sumamente evangélico y los capítulos desarrollan su severa trabazón al conjuro de la filosofía helénica a ejemplo de Santo Tomás quien no aparta nunca su mirada de discípulo del venerado filósofo griego.

Renúcvase así, en esta Tesis, la discusión de antiguas doctrinas del Siglo XIII que ya sistemizara en tiempo de Sixto V el glorioso cardenal Bellarmino, el más grande polemista de la Iglesia, en un libro elegante y notado. En este sentido su Tesis no es original, ¿Entonces, para qué reavivar en estos días del novecientos el imperialismo místico de Inocencio III?

He aquí, señores, que la intelectualidad moderna, dentro de la más estricta obediencia a las doctrinas de la Iglesia — más amplias de lo que sospechan sus adversarios y sus fieles — ha creado un nuevo temperamento de católicos que yo sintetizaría en estas palabras: pueden ser tolerantes y hasta irónicos.

No temamos la tolerancia. Yo sé que la tolerancia es un absurdo: por eso creo en ella. Si podemos decir hermano lobo, también podemos decir hermano hereje.

No temamos tampoco la ironía. Bien está en la fisonomía espiritual de un buen católico, como un lunar diminuto y malicioso en el rostro inocente de una novia.

Por eso escuchad lo que nos dice en el "Lirio Rojo" el Juan Agustín García de la Francia: "El Papa despojado y pobre se tornará poderoso. Conmoverá el mundo. Volverán Pedro, Anacleto y Clemente, los humildes, los ignorantes, los santos de los primeros días, que cambiaron la faz del orbe... Y es así como se establecerá el socialismo cristiano, que es el reino de Dios sobre la tierra".

No os extrañéis pues de las opiniones de Casares: lo que Gregorio VII proclamara, el viejo y nunca olvidado ideal de la Unidad Cristiana, renace con extraña fuerza en el corazón de todos los hombres espirituales, porque la humanidad ha comprendido que si no es posible, por ahora, realizarla sobre los mapas, puede llevarse a cabo en el orbe romano de la conciencia individual.

Así, Casares, representa en Buenos Aires un temperamento de católico tan escaso como necesario. Y aquí es donde hallamos su originalidad: sus convicciones se limita a predicarlas con el buen ejemplo. Sin duda es el apostolado más fecundo, pero en previsión por si éste un día no bastara — como a José Manuel Estrada —

le fué concedida la gracia de la palabra y el don teológico de la exégesis.

Y que este nombre de José Manuel Estrada, que evoco a título de estrella, más que a título de comparación, baste de elogio al obsequiado, porque en cuanto a mí, educado bajo los auspicios de la Filosofía, más que alabar o censurar a los hombres, me enseñaron a comprenderlos y es por eso que falta en el exordio de este discurso el elogio que es de costumbre en todas las palabras de ofrecimiento. Y es que no ha menester tampoco de aplausos cincelados y meditados quien tantos cosechó espontáneos y cálidos con solo hacer volar sobre las muchedumbres inquietas sus palabras siempre armoniosas y claras, a semejanza del cantor de esa nave helénica, sorprendida por la borrasca, que arrancaba las rosas de su corona lírica y las deshojaba, sereno, sobre las olas agitadas. Y no iba de pareceros forzada esta metáfora si os recuerdo que también la nave del novecentismo avanza bajo viento adverso, inclinada la borda todavía. Y es que bien puede deshojar sus palabras con gesto clásico y solemne quien, tan joven ya, halló su equilibrio espiritual definitivo en la inmovilidad de su Razon y de su Fe, y cuyas noches de meditación no inquietarán jamás las angustias del Irredimido, para quien el misterio de la teología era más grande que el misterio de Dios.

Permitidme empero, antes de terminar, que me detenga un momento en el examen crítico de la Tesis.

Es posible que el autor haya puesto en ella un exceso de razón. Y es el caso tal vez de recordarle, la inadvertida frase, modelo de ironía candorosa, que sobre el racionalismo de la escolástica, pronunciaba un monje anónimo en ese mismo maravilloso siglo del Doctor Angélico, en esa edad media eternamente obscura

para la historia, porque su luz era interior, "Hay cosas tan altas, dice el Kempis, que aun a la sutileza angélica exceden". Y lo podía decir sin peligro de su ortodoxia, porque su alma era una alondra y su corazón era una flor.

También deseo levantar un cargo. Hay la falsa opinión de que los trabajos abstractos, como éste, se hallan desvinculados de la vida. Los que tal afirman no saben que a fines del siglo XVII un filósofo sajón publicaba un pequeño libro en el cual sistematizaba en forma abstracta los principios de la Revolución Inglesa. Pues bien, este pequeño libro dió la vuelta al mundo y más aun, lo dió vuelta al mundo. La sola presencia de este pequeño libro hizo que se movieran los ejércitos, que se conmovieran todos los pueblos de la tierra, y que se removieran los cimientos de todas las sociedades. En la lejana América hizo surgir naciones libres y cuando Napoleón llevó sus tropas hasta el frío centro de Rusia este pequeño libro estaba en la mochila de cada soldado francés. Ese pequeño libro inspiró a Moreno, porque ya había pasado del cerebro de los hombres hacia su corazón, gracias a Juan Jacobo Rousseau. Ese pequeño libro constituyó nuestra patria y cruzó con San Martín los Andes.

Ved, señores, a fines del siglo diez y siete hay un hombre que medita y escribe en un tranquilo hogar inglés. Y ese hombre es formidable y maneja los siglos y las naciones y los ejércitos, y ese hombre es inexpugnable porque en su mano hay una pluma y a sus espaldas hay una biblioteca. Se llama Juan Locke. Ya véis si los trabajos abstractos son o no son inofensivos!

Es cierto que yo no sé si la Tesis de Casares llegará hasta Moscú. No sé si cruzará los Andes. Pero aquí en Buenos Aires, el Colegio Novecentista, no ha querido

dejar inadvertida la publicación de un trabajo en que se armonizan el amor intelectual a lo divino con el amor intelectual a la filosofía y por mi parte al tener el honor de ofrecer en nombre del Colegio Novecentista, este sencillo homenaje de amistad, hago votos por que el Dr. Casares también en la vida entrelace sobre sus sienes con la corona trágica de espinas que no le faltará como cristiano, una guirnalda griega de laureles en flor. He dicho.

De Tomás D. Casares

Después de agradecer las palabras de ofrecimiento del señor Korn Villafañe, el doctor Casares, dijo:

Señores:

¿Por qué — pregunta el dilecto autor de la Imitación — somos tan aficionados a hablar y conversar unos con otros cuando rara vez volvemos al silencio sin daño de la conciencia? La razón es, contesta él mismo, porque por medio de la conversación, buscamos ser consolados mutuamente y deseamos aliviar nuestro corazón fatigado de pensamientos diversos. ¡Aliviar nuestro corazón fatigado de pensamientos diversos! Todas las obras se realizan en la vida en gracia a esa fatiga del corazón: El esfuerzo por la verdad, el heroísmo de la fe, el apostolado del amor, todo lo gesta en el fondo del espíritu esa fatiga del corazón que nos hace anhelar el equilibrio supremo y luminoso de la serenidad.

Gracias, amigos, que me ofrecéis este instante perfumado de intimidad para que alivie yo mi corazón, hablando de tantos pensamientos diversos como hay en toda juventud, y que ansían el equilibrio sereno de la unidad. Y si vuestra bondad ha sido tanta que vinis-

léis a esta mesa por mí, quiero que apuréis de una vez la contrariedad de un homenaje sin motivo, olvidándoos que ha sido este un homenaje para adoptar en cambio la postura de un jurado que va a escuchar una confesión en que habrá contricciones y también propósitos.

Ya ha concluido de amanecer en nuestra juventud. Es tiempo que meditemos en la labor de las horas de sol, no sea que nos sorprenda el toque de oración arrepentidos de no tener nada de que arrepentirnos. No sé cuanto perdurará la actitud mental de hoy en cada uno de nosotros, pero es lo importante que hayamos adoptado alguna. Es necesario darle pronto un motivo al ansia reflexiva y un fin a la voluntad, sin que el temor de errar debilite el ímpetu creador; equivocarse es una manera excelente de aprender cuando se tienen en el espíritu sinceridad y buena fe. Pero, eso sí, equivoquémonos con toda el alma. Dios — dice el Vizconde de Cormenin — ha de tener una gran misericordia para aquellos a quienes ha concedido el don del genio. Ciertamente, en todo error sincero hay una verdad moral que valdrá más para la virtud que una verdad intelectual estéril. Pero es este, grave asunto para los que hemos elegido la vocación reflexiva — que sabe Dios a donde nos llevará o a donde la llevaremos — ella acrece nuestra responsabilidad y para salvarla íntegra es preciso replegar todos los días el alma a su más íntima morada, para arrancarle allí el convencimiento de que no estamos equivocados; sólo a ese precio merecerán nuestros errores la gran misericordia. Sin duda en ese entendimiento buena parte de nuestra generación rehace el pensamiento de los antepasados. ¡Nuestro país ha vivido tanto de preocupaciones exteriores e inmediatas!, hasta la producción intelectual padece vaciedad de sentido y

de valor moral; las verdades aparecen o desaparecen como la luz cambiante de una pantomima; la utilidad del último día es la última verdad y por consiguiente la más verdadera. El corazón de esa época no ha dado todavía su último latido, pero lo dará muy pronto — si esta generación se empeña en ello — en la soledad de un merecidísimo olvido. La sensación de un tal estado en las cosas, en los hombres, en las ideas, es idéntica en casi toda la generación, un anhelo de seriedad aliena en todos los espíritus, y para realizarlo cada uno de nosotros va tomando el camino de su convicción con los ojos puestos en un ideal al que se ha consagrado toda la voluntad. Las circunstancias me obligan a decir cual es el mío y lo haré con un recuerdo que me es particularmente grato.

En un valle del Norte, cuya amplitud es bastante para quitar en sus perspectivas, a las montañas que lo circundan, su adustez y no es demasiada que les quite su impotencia, vive paciente su ancianidad una ciudad que ha conservado con vigor el tinte primitivo, capaz todavía de techar con tejas coloniales todas las manifestaciones de modernidad que día a día van conquistando una posición más pronunciada y hasta más agresiva. Es la ciudad de Salta. Por Oriente la domina un cerro de laderas suaves. Si ascendéis por ella, conforme la cumbre se acerca y la ciudad se aleja, los ruidos distintos de ésta van uniéndose en un murmullo semejante al del mar escuchado desde la costa. Concluida la ascensión descansa el ánimo en una emocionante soledad que vigila una cruz de blancura agrisada por la intemperie. Así, solo, solicitados por el rumor de la ciudad que suena como el latir de su corazón fatigado, sentís vivir, traducida en una profunda agitación de

to más retirado del alma, la inscripción de la cruz: *Christus, vivit, imperat et regnat.*

Hoy, que me recordáis con esta expresión de simpatía el fin de un momento de mi vida, miro hacia atrás y veo perdida en la niebla de los recuerdos más primitivos y vagos la lucecita blanca y ardiente de mi fe cristiana, avanzando en los años, serenamente luminosa, a la vera de los sentimientos, de la razón y de la voluntad. En el último trabajo de mis estudios universitarios, removí hasta el rincón más escondido de sus dominios en mi espíritu con impiedad racionalista; su luz ni siquiera osciló. Alguien dirá que mi razón es débil, puede ser, pero es mi razón y no tengo otra medida de mis ideas y de mis creencias, por eso es que me quedo con ellas y con ellas viviré hasta que Dios lo quiera.

Con ellas viviré y para ellas. Fue quizá ese ardor el que alguna vez me llevó a pecar de incomprensivo para con los que no pensaban como yo. Bastante me he arrepentido para que ya se me haya perdonado. Pero he de rogaros algo, mis amigos: perdonadme todo, todo — tengo gran necesidad de vuestra benevolencia — menos la incomprensión que es falta de amor. Precisamente, nunca estamos más lejos de Dios que cuando, para tomar el partido de su defensa, olvidamos el amor a los hombres ¡qué podremos sin amor por el que es todo amor!

Se eligen las ocasiones solemnes para hacer los votos austeros; yo elijo esta para hacerlos por vuestra felicidad, y porque esté muy próximo el día en que en nuestra Universidad se enseñen los Evangelios.

De Jorge M. Rohde

Señores:

Leía días pasados un estudio sobre el cinematógrafo de un pensador americano; el tema, al parecer trivial,

encierra un fondo mayor del que pudiéramos a simple vista imaginarnos; pues en él se penetra el alma de las sociedades contemporáneas, satisfechas estéticamente con la ocular impresión del fugaz y público espectáculo; al fenómeno social del biógrafo yo añadiría la novela policíaca y el periodismo para caracterizar el mundo que aun alcanzamos, que es, sin duda, el más ingrato de la historia, magüer los progresos de las industrias y la ciencia. Ese mundo que ha necesitado de una formidable guerra para sacudirse y quizá para salvarse... lleva el mal en sus entrañas, con la filosofía positivista que en negando el "juego desinteresado" del espíritu, sume al hombre — títere sin voluntad — en una sombría cárcel que no se la logra iluminar nunca, ni aun con las apariencias del "confort". La humanidad ha soportado — perdonadme el participio pretérito — muchos lustros de plebeyismo, de atroz burguesía, que tanta frase candente arrancara, en el 70 sobre todo, al admirable Flaubert. Las clases que debieron considerarse dirigentes en el sentido intelectual, se achatan por un prurito de falsa democracia. De ahí pensadores como Guyau que con el postulado de la "simpatía social", pretenden fabricar, con métodos de alquimia, un arte para ponerlo al alcance de las esferas populares; de ahí en el fondo de la Rusia milenaria la voz de Tolstoy que, con un ideal rigorista cristiano, proclama el advenimiento de una literatura "social", desvinculada, si llega el caso, del arte y la belleza; de ahí, en fin, al mayor esteta de la edad contemporánea, me refiero a Ruskin, que, en su isla cartaginesa, se olvida de que el pensamiento creador en su expresión plástica o verbal, alimentado, por cierto, con la llama de las pasiones que la vida ofrece, no debe ni puede substraerse de sus fue-

ros, aunque el astroso de Whitechapel o el obrero de Sheffield no lo comprendan ni lo sientan.

Señores, la igualdad social ante la ley es conquista la más alta de los modernos tiempos, pero la igualdad intelectual es una utopía perseguirla y cuando se pretende alcanzarla ya véis el resultado a que me referí en un principio; el biógrafo y el folletín policial que satisfacen desgraciadamente nuestra sed estética, la revista y la prensa diaria que colman nuestros ardores intelectuales.

Hoy, tengo por qué creerlo, se piensa más profundamente en los últimos problemas que el progreso no acalla y que la razón humana formula sin resolverlos nunca; hoy sopla sobre el mundo un saludable viento de inquietud intelectual que al tiempo que remueve pone una gota de esperanza en los espíritus... No sabría decir cómo encauzarán estas fuerzas más sentidas que razonadas; difícil es predecir el futuro, pues quienes pretenden revelarlo "a priori" en la filosofía de la historia cargan irremisiblemente con el mote que dijo un español: de ser sólo "vaticinadores del pasado"... Hoy, como os decía, apasionan las ideas nobles y las grandes causas; prueba de ello es el espíritu de la corporación intelectual que formamos y que esta noche reunida festeja el triunfo de uno de sus miembros: Tomás D. Casares.

Después de las palabras elocuentes de Korn Villafañe, débiles e inoportunas serán las mías para expresar los méritos que el novel abogado atesora en su marcha por la vida, a la vera de la justicia, de la caridad y del amor... Quien penetra el espíritu que de la jurisprudencia nos da Ulpiano, quien sabe de las "cosas humanas y divinas" no podía dejar de rendir su pensamiento a las esencias platónicas, que con aureola ética levantan la voluntad e iluminan los deseos. Luego lo ve-

mos a Casares desenvolviendo la dialéctica del Estagirita y más tarde lo hallamos en la edad media, erróneamente llamada "noche de los tiempos", donde recoge el hilo conductor de sus ideas en Santo Tomás, el gran discípulo de Alberto el Magno en la Universidad de Francia. Nuestro compañero no podría decir con Pico della Mirandola la frase que como original repitió el exquisito Joubert: "A Dios se lo conoce fácilmente, siempre que no se pretenda definirlo"; pues él siente a su Dios con afán cristiano y llevado por el silogismo razona la fuente de su fe. Por eso el frío que sufrió Pascal ante el misterio estrellado de los cielos, ante la vida suprasensible, y la duda romántica de Lamennais, nunca enturbian el espejo espiritual de nuestro amigo, quien parte consciente de su "verdad" y llega a la jornada prevista con el aliento de la victoria.

Alcemos nuestras copas en este sencillo banquete, que me figuro una página del soberano "Symposio" platónico por el espíritu que lo anima y por el motivo que lo inspira, — en homenaje de Casares; por la coronación brillante de sus estudios, por su honda y noble orientación intelectual y porque las flores que hoy perfuman su vida sean el galardón perenne de su triunfo.

EL COLEGIO NOVECENTISTA DE LA PLATA

Con orgullo — casi con un poco de ostentación — damos cuenta a nuestros lectores de la constitución de un Colegio Novecentista en La Plata. Forman parte de él nuestro corresponsal en esa ciudad, Walter Elena, quien presidió la sesión inaugural de la nueva institución, y otro grupo de jóvenes intelectuales que paulatinamente nos honrarán con trabajos novecentistas.

Para empezar, ofrecemos hoy un estudio elegante y meditado de Héctor Ripa Alberdi sobre Pedro Mario Delheye, el poeta platense que no cantará nunca más las inquietudes de su vida interior.

Ripa Alberdi, asocia pues con su trabajo el "Cuaderno" a las manifestaciones de aprecio tributadas a la memoria de Delheye y al sugerirnos la belleza de su emoción con la facilidad de su estilo, inicia adecuadamente la serie de colaboraciones que esperamos recibir de nuestros hermanos de La Plata.

EL POETA LUIS L. FRANCO

Una voz fragante y cristalina ha sonado en los valles de la lejana Catamarca: la suelta el joven poeta Luis L. Franco, cuya "Oda Primavera" mereció honores en un poético certamen; honores bien adquiridos, por cierto, pues un soplo de esa poesía eterna que vibra en los idilios de Teócrito, en las serranillas de Santillana y en las églogas inmortales de Garcilaso, baña las cuerdas de su lira. He aquí unos versos de Luis L. Franco:

EN LOS CERROS

Pausadamente se iba poniendo azul el cerro,
El muchacho, silbando, marchaba con su perro,
Adelante, Nosotros, tomados de la mano,
Seguíamos el áspero caminito serrano.
Un aroma de brea, de jarilla y de "sueco"
Se exhalaba en la tarde, De rato en rato, el eco
Del bramido de un toro venía de las abras
Distantes, En las lomas más próximas, las cabras

Balaban dulcemente, volviendo ya. Un arisco
Chivito blanco sólo quedaba allá en un risco,
En el aire extendíase el olor del redil...
Yo, ebrio de la dulzura de la hora pastoril,
Largamente, a la lumbre de la estrella primera,
Puse un beso en la boca de la joven Cabrera.

CeDInCl